

LA FELICIDAD HUMANA DESDE LA ÉTICA UTILITARISTA DE JOHN STUART MILL.

Moisés Iván Narváez Romero.

Universidad de Cartagena

RESUMEN

El siguiente trabajo es una reflexión en torno a la felicidad humana desde las posturas utilitaristas del filósofo inglés John Stuart Mill. Como objetivo central, el trabajo se ha trazado la solución al problema de cómo es posible colocar en un mismo rango la promoción de la felicidad individual o personal y la promoción de la felicidad general. Por otro lado, uno de los propósitos del trabajo es examinar las propuestas de Mill con el fin de señalar que es una buena doctrina ética y, por qué debe esta última dedicarse a la promoción de la felicidad. Además, que las objeciones que se le adjudican han sido mal-interpretaciones del verdadero espíritu del utilitarismo y sus pretensiones de elevar al ser humano al más alto desarrollo de su potencial. En definitiva, el trabajo se concentra en que las actuales nociones de placer, felicidad y goce han sido corrompidas y distorsionadas por lo que hay que tomarlas en su justo valor. No dan cuenta de la verdadera y digna naturaleza humana con todo su potencial.

Palabras clave: Felicidad, moral, felicidad general, utilitarismo, libertad

ABSTRACT

The following work is a reflection on human happiness from utilitarian positions of the English philosopher John Stuart Mill as a central goal has set the solution to the problem of how it is possible to place in the same range promoting individual happiness or personal and the promotion of general happiness. On the other hand, one of the purposes of the study is to examine the proposed Mill to note that a good ethical doctrine, and why should this latest promotion pursue happiness. Also, note that the objections that have been improperly awarded-interpretations of the true spirit of utilitarianism and its claims to elevate man to the highest development of their potential. In short, the work focuses on exposing that current notions of pleasure, happiness and enjoyment have been corrupted and distorted. Not realize the true nature and human dignity to its full potential.

Keywords: Happiness, moral, general happiness, utilitarianism, freedom

INTRODUCCIÓN

El artículo que se presenta a continuación tiene como objetivo principal abordar el tema de la felicidad con base en el utilitarismo de John Stuart Mill con el fin de mostrar cómo es posible juntar las individuales pretensiones de promoción de felicidad y goce con el compromiso por favorecer la felicidad general. Cómo hacer para que la búsqueda de la felicidad personal no entre en contradicción con la búsqueda de la felicidad general. Para el logro de tal propósito es menester resolver una cuestión, la cual llevará al desenvolvimiento del objetivo principal; tal es examinar si debe la moral ocuparse y promover la felicidad. Asimismo se encontrará en el trabajo la pretensión de mostrar al utilitarismo como una buena propuesta ética despejando las objeciones que se han hecho en su contra. El lector encontrará una reacción al individualismo egoísta; una reelaboración del hedonismo autocomplaciente y una exhortación al compromiso con los demás.

El trabajo se hizo principalmente con base en las dos obras más reconocidas de Mill, *Sobre la libertad* y *El Utilitarismo*, en la que se encuentra la esencia de su pensamiento. La importancia de este trabajo reside en que su relectura es relevante en la actualidad debido al individualismo corrosivo que promueve la sociedad capitalista y neoliberal. El individualismo que caracteriza a las sociedades mencionadas no es el individualismo que Mill tuvo en mente para las sociedades desarrolladas, que más bien se vincula con el término originalidad, mientras que el individualismo que albergan el capitalismo el neoliberalismo se relaciona con el concepto de atomismo.

El individualismo que las sociedades de masas promueven no permite tejer comunidad, ni mucho menos la libertad de espíritu y de opinión de las cuales Mill habla. Este individualismo consiste en una excesiva promoción de la vida privada y la intimidad, además favorece la homogenización de los individuos bajo conductas establecidas.

Lo dicho hasta aquí no supone que el individualismo que Mill defiende niegue la posibilidad de la vida privada. Para Mill la vida privada, la intimidad o la individualidad son características fundamentales para el bienestar del hombre. Bienestar que se concreta en la libertad para formar y expresar opiniones, en vista de ello señala en el segundo capítulo y al inicio del tercero de *Sobre la Libertad*, que las consecuencias son funestas para la naturaleza intelectual y mental cuando al hombre no se le concede la libertad para hacer uso de aquellas a plenitud, únicas que son capaces de favorecer su desenvolvimiento y desarrollo.

Por el contrario, la parte del individualismo que Mill critica es aquella que por ser excesivo es ciego al bien de los otros; en otras palabras, aquel individualismo extremo que es incapaz de ver la importancia de la máxima según la cual «la libertad de pensamiento o de acción en el individuo no debe tener otro límite que el perjuicio de los demás»¹. De ahí, su postura de que «es deseable que, en los asuntos que no conciernen primariamente a los demás, sea afirmada la individualidad»²

La libertad de Mill está condicionada a la solidaridad. Por eso, no se puede equiparar su propuesta con concepciones neoliberales. El "dejar hacer" de las sociedades contemporáneas no es algo que Mill considera deseable. El utilitarismo no promueve absolutamente que cada quien viva como quiera, al contrario está comprometido en la "causa del hombre". Es decir, no deja a los individuos a que hagan lo que mejor les parezca porque pueden equivocarse en la consecución de sus intereses. En efecto, Mill propone una firme distinción entre aquello que le corresponde a la sociedad y aquello que sólo interesa a la individualidad. La profesora Guisán expresa lo anterior en las siguientes palabras:

¹ Véase, RODRIGUEZ, Huescar, Antonio, Prólogo. En: *Sobre la libertad*, Bogotá, Ed. Aguilar 1998. Pág. 12

² MILL, John Stuart, *Sobre la libertad*, Ed. Aguilar, Bogotá, 1998. Pág. 70

«La obra de John Stuart Mill denuncia, efectivamente, que la libertad individualista es un fraude a la comunidad, e incluso más, un fraude para el propio individuo que se condena al aislamiento y la incomunicación, y se incapacita para el goce comunicativo»³.

La pretensión de la relectura que se realizará en este trabajo del utilitarismo de John Stuart Mill es señalar la esencia y el verdadero sentido de tal propuesta ético-política. La idea es encontrar el espíritu propio de sus conceptos fundamentales para develar las verdaderas intenciones de Mill. A manera de ejemplo, se puede traer a colación la concepción de felicidad que mantiene y que se encuentra relacionada con las capacidades elevadas del hombre, es decir, con el desarrollo de sus facultades propiamente humanas.

«Si por felicidad se entiende una continua emoción altamente placentera, resulta bastante evidente que esto es imposible». *La verdadera felicidad dice Mill* «no es la propia de una vida de éxtasis, sino de momentos de tal goce, en una existencia constituida por pocos y transitorios dolores, por muchos y variados placeres»⁴.

En el primer capítulo de este trabajo se hará una exposición de los presupuestos teóricos de John Stuart Mill que facilitarán la comprensión sobre sus planteamientos. Así que, se realizará un breve recorrido sobre la historia de los conceptos éticos y políticos en la Modernidad y parte de la Antigüedad. En el segundo capítulo el lector encontrará un análisis de por qué debe la moral ocuparse de la felicidad y su promoción, por lo que se hace una exposición de la pugna entre la moral kantiana y la visión ética de Mill. Por último, el trabajo que aquí se propone realiza una descripción de los ingredientes necesarios para la promoción y mantenimiento de la felicidad tanto a nivel individual como a nivel general.

³ GUIÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El utilitarismo*, Barcelona, Ediciones Altaya S.A, 1994. Pág. 24

⁴ MILL, John Stuart, *El utilitarismo*, Barcelona, Ediciones Altaya S.A, 1994. Pág. 56

1. CONTEXTO Y PRESUPUESTOS FILOSÓFICOS DE J. STUART MILL.

I.

En nuestros tiempos es difícil conocer a ciencia cierta cuál es la tarea que debe desempeñar o debería desempeñar la filosofía, pues es una época donde se ha puesto de moda el prefijo post, vivimos, por decirlo con Adela Cortina, en tiempos de postfilosofía⁵. La filosofía no suele ocupar lugar alguno en un mundo donde la ciencia tiene el dominio total del saber. Donde ya la palabra, en lo relativo a las actividades prácticas humanas, la tienen el derecho y la política. Sólo estas tres disciplinas -ciencia, derecho y política-, en nuestro mundo, son las encargadas de configurar cómo es que debe vivir el hombre. Las cuestiones morales y la misma ética ha sido relegada, denuncia Cortina, como asuntos ya irrelevantes y propiciadores de dogmatismos y hasta totalitarismo.

Algo cierto que Adela Cortina afirma en su «Ética sin moral» es que la ética ya no está siendo tomada en cuenta como base para proferir valoración alguna para los comportamientos humanos, ni para la organización política y social. Quizás sea consecuencia de habernos dado cuenta que la moralidad no tiene autoridad alguna y sólo ha permitido la aparición de centros de poder represores y fundamentalistas. Pero quizá, ya superados los errores que una vez se cometieron se podría dar una nueva mirada a la ética como parte fundamental para el buen desarrollo de la política.

En efecto, la Filosofía como originaria de la reflexión ética es indispensable para el óptimo desarrollo de la política. Puesto que es una herramienta de crítica y argumentación, con una función de liberación. No es su función señalar cómo debe conducirse el hombre o hacia dónde debería ir, pues estaría cometiendo el mismo error que antaño cometieron las filosofías

⁵ Véase CORTINA, Adela, *Ética sin moral*, Madrid, Editorial Tecnós, 1992. Pág. 31

antiguas y modernas, apuntando a la universalidad y desdeñando lo individual. La filosofía cumple el papel, fundamental en nuestro tiempo, de cuestionar las ideas, doctrinas y creencias, con el fin de mostrar que son contingencias históricas y sociales. De donde se infiere que, el único criterio para mostrar la validez de una idea, creencia o doctrina descansa en la argumentación y no en una autoridad metafísica o sobrehumana.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya criterios válidos para justificar un sistema moral, lo que se quiere decir es que no hay un criterio al que debemos responder por su misma naturaleza, esto es, su naturaleza de autoridad reveladora o divina, a la que debemos acomodarnos sin cuestionarse. Pero tampoco es una cuestión meramente de consenso lingüístico, ya que se caería en relativismos, que para establecer una buena comunidad, no es bueno.

Más bien lo que se necesita es una forma de guía, de orientación hacia el bien, tanto individual como general. El utilitarismo de John Stuart Mill, puede ser una respuesta a esta cuestión. Pero el utilitarismo entendido de manera adecuada, interpretado correctamente y no lleno de vicios como muchos de sus críticos lo tienen. Tal como cree Esperanza Guisán⁶ esos vicios provienen de dos cosas, por un lado del desconocimiento de las verdaderas motivaciones de Mill y, por otro lado, de lo desacertado de las interpretaciones de sus argumentos y, de pronto, podríamos añadir, de ciertas circunstancias históricas en el siglo XX.

La filosofía como portavoz del utilitarismo hace un llamado, exhorta a que tengamos un mayor compromiso ético-político con la promoción del bienestar de los demás y del individual. Pero esa promoción no la ofrece del todo la estructura económica, ni cambios físicos (es decir a nivel de vivienda, arreglo de zonas etc.) sino que las ciencias humanas y sociales cumplen papel

⁶ GUISÁN, "Introducción". En: *El Utilitarismo*. Ed. cit.

importante en tal empresa y quizás también, como cree Rorty, del arte y de medios de comunicación. Para mayor precisión de lo que se quiere decir citemos a Esperanza Guisán:

«En contra de lo que se piensa, la transformación del mundo, las mejoras sociales e individuales, no pueden provenir nunca, exclusivamente, de cambios estructurales, económicos sociales, sino que, al menos en alguna medida se precisa de cambios en las actitudes humanas.

Sólo mediante el razonamiento, y la sensibilización respecto a las propias potencialidades, las propias posibilidades de alcanzar una existencia madura, un desarrollo gratificante de las capacidades y talentos individuales, puede conseguirse una revolución radical, es decir, que alcance las raíces, que tenga como meta una existencia verdaderamente mejor y verdaderamente más digna en cuanto que más gozosa»⁷

Motivados por esta reflexión se analizará la propuesta utilitarista del inglés J. Stuart Mill, con el propósito de dar solución, o al menos una orientación al problema que nos hemos planteado, a saber, ¿Cómo llegar a estructurar una reflexión en torno a la felicidad que aúne, por un lado, la búsqueda de la propia felicidad y, por el otro, el compromiso con la felicidad general? Esto es, tratar de colocar en el mismo nivel la búsqueda de la felicidad/libertad propia y la felicidad/libertad general y que no haya contradicción en ellas. Para lograr ello, se debe iniciar mostrando, por qué es importante una reflexión en torno a tal tema. Finalmente para llegar al análisis de los presupuestos filosóficos de Mill, sin antes claro está, poner un poco en contexto filosófico las discusiones sobre moral hasta llegar a Mill. Esta primera parte del trabajo lo que busca es contextualizar antes de comenzar a discutir la problemática planteada.

Es fundamental colocar en contexto o conocer la historia de conceptos tanto morales, como de cualquier tipo, porque cada problemática y cada concepto

⁷ GUISÁN, Esperanza, *Manifiesto Hedonista*, Barcelona, Anthropos, 1990, Pág. 15

surgen en un determinado espacio y tiempo, surgen por ciertas circunstancias históricas que deben ser ineludibles, no pueden dejarse de lado, puesto que ello nos llevaría a un anacronismo. Además puede que conceptos o problemáticas antiguas no encajen en la situación actual o presente, de ahí que siempre se deba conocer su origen. Por ejemplo, Alasdair Macintyre denuncia que, es común pensar que los conceptos morales pueden ser interpretados sin necesidad de conocer su contexto histórico o su historia. Creencia errónea por lo que ya se ha señalado y además porque, dice él, «los conceptos morales cambian a medida que cambia la vida social.»⁸

Por consiguiente, se expondrá cómo es que sucede el desplazamiento de una tradición a otra en lo referente a lo que justifica la ética y cómo cambian los principios morales y políticos hasta llegar al utilitarismo de Mill. Cómo se pasa de fundamentar la obligación a normas morales y jurídicas en un orden universal, luego en un Dios divino y después se pasa a contractuar cómo deberían ser las leyes y los derechos del Estado. Conviene subrayar que, se está en un ámbito ético, pero, no se puede obviar cuestiones políticas, ya que ambas están íntimamente relacionadas. Por ello, el trabajo utilizará el término “ético-político” para designar ambas cosas relacionadas. O cada término por separado cuando sea necesario. Su relación estriba en lo siguiente, la política, o más exactamente las doctrinas políticas, son una solución al problema de la coacción, de los límites de la coacción, mientras que la ética, es la justificación de por qué tenemos la obligación de seguir parámetros o principios externos de conducta, generalmente propuesto por doctrinas políticas.

El mismo Stuart Mill hace mención de la pugna que ha habido en toda la tradición filosófica en torno a la discusión de los fundamentos de la moral. Tales fundamentos definen los tipos de ética que existen, normativas, descriptivas, de fines o teleológicas, deontológicas y de móviles. Desde la antigüedad se ha preguntado sobre cuáles son las razones que justifican mi

⁸ MACINTYRE, Alasdair, *Historia de la ética*, Barcelona, Paidós básica, 1991, Pág. 11

asentimiento o mi obligación a un poder externo. Se ha respondido de maneras diversas y contrapuestas. En la antigüedad la cuestión era descrita por personajes como Platón, Aristóteles y diferentes escuelas como los estoicos, hedonistas, epicureistas.

Para los griegos, la cosa oscilaba entre una ética teleológica representada por Aristóteles y la ética deontológica que describía Platón. Para poder explicar esto debemos recurrir a la idea de Bien, puesto que la razón de la moral y de la política es un estudio sobre la definición de lo qué es el Bien o, también, de cómo proporcionar el Bien. Además, la filosofía moral y política antigua trata de entender el bien tanto universal como particular. La propuesta ético-política de Platón es paradigma, pues la tradición va a concebir ésta como una verdad, que la ética debe proporcionar normas universales de conducta, así como la concebirá Kant en la Modernidad. De ahí su nombre de deontológicas porque creen que la justificación en ética se caracteriza por la exposición de principios universales, que en Kant sería el imperativo categórico.

Lo importante es que los antiguos no veían como separar un bien individual del bien común, es decir, no concebían la idea de individualidad separada de la comunidad, en vista de que, sólo en la realización de cada persona como ciudadano de la comunidad, está su plenitud, el único bien que es legítimo. «No debería haber conflicto entre el bien de la comunidad y el bien del individuo Porque el bien del individuo es, precisamente concebirse y aceparse como ciudadano»⁹.

Victoria Camps¹⁰ expone que lo que busca la filosofía política en la antigüedad es tratar de explicar o aclarar cuál es el bien al que deben dirigirse los hombres. Por ejemplo, Platón creía que el bien de todos los individuos de una comunidad debía ser la búsqueda de la felicidad, y por ende, la política debía

⁹ CAMPS, Victoria, *Introducción a la filosofía política*, editorial crítica, Madrid, 2001. pág.16

¹⁰ *Ibíd.* Pág. 16

definir y crear las condiciones para ello. Claro que, esta posición platónica será bastante atacada en la Modernidad y en la Postmodernidad, pues el liberalismo moderno, como veremos más adelante, estará en contra de que el estado y la política intervenga e impongan modos de vida buena o definan la felicidad de cada quien, cuando es cada individuo el que conoce los ingredientes para su propia felicidad. Se ampliará este punto en la discusión sobre el liberalismo como tradición política a la que se adscribe Mill y como uno de sus presupuestos políticos y filosóficos.

En la Antigüedad el bien común era más importante que el bien particular lo cual estaba justificado por la existencia de una ley eterna o un orden universal, del que se desprendía toda norma moral. El fundamento de la moral y de la política en un orden cósmico universal estará sólo hasta la Edad Media cuando el fundamento es trasladado al Dios cristiano. Lutero, por ejemplo, creía que las únicas normas de moralidad a las cuales se debía tener por verdaderas eran los mandamientos de Dios. En esta época, la razón humana no juega ningún papel, pues esta corrompida por el pecado, de manera que lo que es bueno y justo no se define desde la razón humana, sino por lo que Dios ordena.

Sin embargo, ya se dan pasos para entrar en la era del sujeto, del individualismo moderno, puesto que el protestantismo, aleja la moral de la religión al renunciar a la opresión de la autonomía del individuo por parte de la iglesia y deja frente a frente al individuo y a Dios. La caída del Imperio Romano y las invasiones que sufrieron colocaron al cristianismo como justificación de todo el sistema político. «La fundamentación divina del poder político se da por supuesta, así como el carácter divino del soberano»¹¹. La vinculación entre poder político-moral y religioso representa a finales de la Edad Media un dilema al cual es necesario de resolver. La solución tendría lugar con la desvinculación

¹¹ Ibíd. Pág. 25

entre moral y religión, esto consiste en desplazar la justificación de la moral a través de la religión por la razón humana¹².

Pero, tal razón no es aun la que caracteriza el pensamiento Moderno, sino que es una razón que sabe que es esclava del pecado y debe tener presente que las reglas morales justas son los mandamientos de Dios¹³. En efecto, la religión sigue teniendo el poder en estas cuestiones, pero a diferencia de otros momentos de la Edad Media el hombre por sí mismo es consciente de respetar las reglas de Dios y no, son imperativos que lo impone la iglesia. El cambio total se producirá más adelante, con descubrimiento del sujeto en la Edad Moderna. Pero, «la individualización de la ética marca el desarrollo del pensamiento libre que será el punto de partida de la modernidad»¹⁴

La religión es la encargada de dar razón de lo moral, en esos tiempos donde el derecho y la política no se han separado del poder de Dios. En tiempos donde Dios aun no había muerto,¹⁵ y el sujeto no había sido descubierto con sus intereses egoístas. Pero una vez que, en la Modernidad el hombre se da cuenta de su propio ser, de su yo, el fundamento ético-político es trasladado a otro poder cuasi divino, pero un tanto más objetivo que las instancias metafísicas anteriores, la razón. Sin embargo, existió en la Modernidad una discusión en torno a lo que debería o no ser el fundamento de la moral. La pregunta es si ese fundamento debe ser la razón, los deseos humanos, o los sentidos.

Thomas Hobbes es el primer pensador moderno en configurar una propuesta ética y política sobre el individuo y la sociedad. Hobbes extrapola el método científico, que había creado Galileo, a la ética y la política para hacer más

¹² Véase CAMPS, Victoria, "El individuo contra el Estado". En: *Introducción a la filosofía política*, editorial crítica, Madrid, 2001.

¹³ Véase MACINTYRE, Op.cit.

¹⁴ CAMPS, Op.cit. Pág.27

¹⁵ CORTINA, *Ética sin moral*, Ed. cit. Pág. 16

comprensibles los asuntos humanos. El método resolutivo-compositivo¹⁶ consistía en descomponer en sus partes simples el fenómeno a estudiar. De ahí, deduce que la sociedad está compuesta por un conjunto de individuos con intereses propios. Esos intereses son el dominio y el deseo de evitar la muerte. La teoría que Hobbes plantea es lo que en ética se denomina, ética de móviles. Toda acción humana está motivada por unos móviles.

Pero como los hombres también tienen razón, saben que deben pactar o contractar unas leyes para poder vivir con más seguridad. Pues, la razón les dice que a falta de un poder regulador cada quien viviría inseguro de su vecino, puesto que éste tiene los mismos deseos míos de dominio. Por consiguiente, crean un contrato en donde le ceden su libertad a un soberano con el ánimo de que sirva de mediador entre los individuos. El soberano es quien tiene la palabra en lo que atañe a lo bueno, lo malo, o justo y lo injusto.

Lo característico de la tradición moderna es que ya el individuo no se identifica con un poder común, sino que está en pro de la satisfacción de su propio bien. De satisfacer sus deseos. El mundo moderno trata de conciliar la exigencia racional por el bien o el interés propio con el bien o interés común. Se aparta de toda teleología aristotélica y teologías de la Edad Media. El propósito de la política en la Edad Moderna está en conseguir las condiciones necesarias para que cada quien satisfaga sus fines particulares. Esto se consigue una vez que el estado liberal moderno entra en vigencia, con autores como Locke, Kant y Mill.

La Modernidad, marco importante desde donde analizar la teoría de Mill, es articulado como un proyecto que consiste en regular y manejar los asuntos humanos de forma racional con ayuda de la ciencia que desde Galileo hasta Newton ha dado resultados incontrovertibles. Surgen ideas de un progreso

¹⁶ Véase HOBBS, Thomas, *El Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

infinito, tanto político como científico; se ensalzan e invocan consignas de libertad e igualdad. El imperio de la racionalidad llega hasta la política y la ética conformando nuevas maneras de justificar el papel del Estado en la sociedad. Por ejemplo, las teorías clásicas del contrato social son formas de fundamentar el Estado sobre principios lógicos y coherentes, se aducen a los derechos naturales o la ley natural. Hobbes es el primero como ya mencionamos, pero más importante para nuestro trabajo es la versión liberal del llamado contractualismo. La versión iniciada por John Locke, seguida por Hume y Kant. Pero el tipo de argumentación en Hume es a través de un método naturalista, que consiste en explicar el orden, la obligación política y en general las reglas básicas de la conducta a través de la experiencia¹⁷, mientras que Locke y Kant remiten al derecho natural entendido como un constructo filosófico abstracto que explica los principios universales del comportamiento¹⁸.

Los principios morales están, por así decirlo, constreñidos por estas formas de concebir la política. El estado liberal moderno crea un tipo de hombre que lucha por la propiedad, la libertad y es tolerante ante las distintas decisiones particulares y derechos individuales. El liberalismo trata de colocar en un mismo punto el bien privado y el público aludiendo a unos derechos naturales universales que el Estado debe garantizar y protege la libertad del individuo para expresarse y decidir cómo debe vivir. Es un equilibrio, el hombre debe dar parte de su libertad en pro del bien común, del bienestar y seguridad de todos.

El problema es que todo esto que en teoría parece ser algo prometedor y esperanzador resultó ser lo que muchos han llamado, los mitos que configuró la época moderna¹⁹. Nada de lo que se creía que lograríamos resultó cierto. La postmodernidad ha denunciado con gran fervor los supuestos de la modernidad. Desde Nietzsche se sabe que no existe un orden moral universal ajeno a las contingencias históricas, sino que la moralidad es un producto de su

¹⁷ CAMPS, Op.cit., Pág. 61

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ CORTINA, *Ética aplicada y democracia radical*. Ed. cit., Pág. 11

contexto social. Los postmodernos replican que el haber creado esas ficciones hemos causado la aparición de la represión tanto moral como política. Hubo una homogenización y totalización identificadora, universalizadora y además abstracta²⁰. ¿Cómo es posible hablar de libertad encerrados bajo un único esquema de conducta? Además, el liberalismo resultó ser una ideología de la sociedad burguesa, una forma de legitimar el libre cambio y la libre empresa, creando individuos cada vez más alejados de su comunidad, esto a través de una glorificación de la vida interior y de los deseos de perseguir bienes privados o personales en detrimento de los bienes comunes.

Si alguna vez la Modernidad se alzó en contra de su antecesora por estar sumergidos en mitos y conceptos metafísicos y religiosos que oscurecían el conocimiento, ella misma fue acusada por lo que se reveló en un momento dado. El nuevo Dios de la Modernidad fue la razón, la razón instrumental, encarnada en el saber científico y las doctrinas políticas y morales que obligaban a seguir principios y leyes inmutables. La Modernidad se ahogó en sus propias contradicciones, pues creó, al igual que en épocas pasadas, dogmatismos y fundamentalismos.

Por ello es que Cortina expone con desagrado que no son buenos tiempos para la ética, y quizás tenga razón, puesto que hoy nadie está interesado en fundamentar o argumentar lo que hace, sólo se hace y ya. Por ejemplo, en la Declaración universal de las Naciones Unidas de 1948 no se expone justificación alguna para los derechos²¹, más bien está la actitud de alejarse de esta tarea que resulta, digamos, agotadora por cuanto a las problemáticas que se presentan cuando se fundamenta algo. El pragmatismo y los nietzscheanos han provocado una apatía total por la labor argumentativa en ética.

²⁰ CORTINA, *Ética sin moral*. Ed.cit., Pág. 12

²¹ CAMPS, Op.cit. Pág. 63

La preocupación de la escritora española es que ya no existe una ética pura, que la labor que una vez desempeñó ésta está siendo reemplazada por el derecho o por la economía psicológica²² que promueven los utilitaristas. Con este término, Cortina expone que los utilitaristas con el ánimo de dar base científica a la ética toman de la psicología un fin y de la economía un procedimiento calculador con el cual manejar utilidades. Para ella, tanto kantianos como utilitaristas contribuyen a esta absorción que está sufriendo la ética. Las éticas kantianas porque reducen lo moral al derecho y la política, mientras tanto, los utilitaristas deseosos de dar base científica a la ética, toman cosas de la psicología y de la economía que da como resultado una anulación total de la argumentación crítica característica de la ética por la imposición de reducir todo a un cálculo racional.

El problema ahora es saber cómo salvar el utilitarismo de Mill a propósito de las críticas a la Modernidad, de la cual es hijo, y además, cómo mostrar en contra de Cortina que la propuesta utilitarista puede ser una buena teoría moral, sin necesidad de querer reducir la ética a otra cosa. Las críticas son por ejemplo, Kant fue el mayor metafísico de la época, su representante más importante. Creía que la ley moral estaba en el mundo nouménico, estábamos obligados no fenoménicamente sino nouménicamente. Su doctrina ética hace pensar que la felicidad se alcanzaría en un estado más allá del que ya vivimos, es algo como la creencia cristiana en un mundo mejor. Para Kant, señala Guisán: «La felicidad es más bien algo que se recibe en un tiempo y en un lugar venideros como fruto y consecuencia de haber perseguido pertinazmente la virtud durante nuestro *life pan*, como hoy se diría.»²³

Los postmodernos en su afán de derribar las certezas que pretenden ordenar el mundo bajo leyes eternas o verdades absolutas se aferran a la idea de

²² CORTINA, *Ética sin moral*. Ed. cit. Pág. 21. Cortina plantea lo siguiente: entusiasmados los utilitaristas con la idea de dar a la moral una base científica, piden en préstamo a la psicología un fin con el que adquirir un cierto barniz de científicidad y también a la economía algún procedimiento calculador con el que computar utilidades.

²³ GUISÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El utilitarismo*. Ed. cit. Pág. 10

desmontar las ficciones que ha creado la Modernidad, tanto a nivel de la ciencia como a nivel moral. Según ésta lectura de la realidad, la propuesta kantiana resulta una de esas ficciones metafísicas contra la que el postmodernismo se alza. La propuesta kantiana impone una “instancia reveladora” o un mundo aparte del que vivimos (nouménico) para dictaminar cómo deben organizarse los hombres y cómo deben conducirse sus acciones. El espíritu de la postura de los postmodernos se puede observar en las siguientes palabras de la profesora Adela Cortina. « (...) hemos creado los hombres esas ficciones útiles desde una *lógica identificadora*-que prescinde de las diferencias- *universalizadora*- ignorante de lo particular- *abstracta*- ajena a lo concreto (...)»²⁴

A John Stuart Mill se acusa de algo parecido, justificar su doctrina en una “instancia reveladora”, los sentidos o en un error lógico de deducir lo deseable a partir de lo deseado. Pero la intención aquí es salvar a Mill de estas cuestiones y mostrar que sí se puede hacer una nueva lectura del utilitarismo sin incurrir en ninguna de las críticas postmodernas.

De la mano de Esperanza Guisán se sostendrá que la ética de Mill escapa a las críticas porque las acusaciones son sólo interpretaciones erróneas de su obra. En su pensamiento se encuentran rasgos de pensamiento actual y hasta anticipaciones de las ideas con las que se atacó a la Modernidad. A propósito de la justificación de la prueba del utilitarismo Mill no cree que toda racionalidad deba acomodarse a los dictámenes de la lógica y la ciencia, sino que, más bien ésta se puede encontrar en otras formas de saber. Otra manera en que se puede ayudar a Mill a salir de esas falsas críticas es que su pensamiento no es totalmente racionalista sino que concibe al hombre como un ser sensible/racional, es decir, también le da importancia a los deseos y sentimientos humanos a diferencia de los demás racionalistas modernos.

²⁴ CORTINA, *Ética sin moral*. Ed. cit. Pág. 12. Las cursivas pertenecen al autor de la cita.

Por último, está la hermosa e interesante defensa que el autor de *Sobre la Libertad* hace a la libertad individual como una forma que el hombre tiene para construir y crear la manera en que quiere vivir su vida, sin intervención de la sociedad. Claro está, siempre y cuando no perjudiquen a otro, es decir, la intervención en la vida de los individuos únicamente es justificada cuando sus actos promueven el perjuicio a los demás.

Por otro lado, se le adjudica al utilitarismo, algo que ha heredado de la Modernidad, es su tendencia a crear estados totalitarios. Por ejemplo, dice Alasdair Macintyre²⁵, el ser humano tiene una naturaleza tal que puede ser condicionado y manejado, de tal manera que si alguien tuviera el propósito de condicionarlos para que aceptaran cualquier tipo de cosa como algo que le produciría felicidad sería peligroso, puesto que podría ser usado para fines destructivos. La cuestión puede provenir de la problemática sobre la relación entre ética y política. En la actualidad hay posiciones que defienden la idea de que la ética tiene su propio ámbito y que es privado, mientras la política es algo público. Unirlos sería llevar al ámbito público un solo principio de conducta cohesionador y homogenizador. La intromisión de la ética en la política es, para este tipo de posiciones, peligroso y políticamente incorrecto.

Pero también es cierto que los asuntos políticos necesitan una guía moral aunque sea mínima. Más en los tiempos actuales, donde los que detentan el poder, las instituciones públicas, son cada vez más corruptas y exclusivamente quieren el beneficio particular, olvidando que su función, su razón es la de promover el bienestar general. Por eso una buena lectura y revisión del utilitarismo es una manera de recordar y poner en práctica la solidaridad a la vez que disfrutar de la libertad y promover la propia felicidad a la vez que garantizamos la de los demás.

²⁵ Véase, MACINTYRE. *Historia de la ética*. Ed. cit.

Una buena revisión que haga frente al individualismo egoísta que se vive hoy, que encause el hedonismo autocomplaciente de las sociedades modernas y lo más importante que le recuerde a los hombres el compromiso social que tienen con los otros. Además es indispensable esa revisión puesto que, el mundo se ha hecho una mala idea de los conceptos básicos de esta doctrina, por ejemplo, la felicidad es identificada con la satisfacción carnal e individual, la felicidad ha degenerado en un concepto algo vacío.

La degeneración de los conceptos morales de la Modernidad, debido quizá, a la mala divulgación o también porque ya no sirven como herramientas para medir lo que los hombres han hecho, tal como cree Hannah Arendt. Quizá Arendt²⁶ tenga razón, en nuestro siglo las guerras mundiales y civiles hicieron inservibles todas las categorías de pensamiento moral y hemos llegado a una situación de escepticismo, nihilismo. Por eso, una vez más, es necesaria la relectura del utilitarismo, es necesario algo que guíe al espíritu humano hacia su perfectibilidad, que los oriente, pero sin obligar, sin universalizar, sin reprimir. Una vez contextualizado y justificado las pretensiones del siguiente trabajo, se pasará inmediatamente a analizar los presupuestos filosóficos de John Stuart Mill, para luego poder esbozar mejor el tema que se ha propuesto, el cual es buscar la manera de cómo colocar en un mismo rango la promoción de la felicidad individual o personal y la promoción de la felicidad general.

II.

Generalmente se toma el inicio de toda filosofía como una fundamentación sobre la legitimidad del conocimiento, sea del tipo que sea (científico, ético, metafísico etc.). Las distintas teorías del conocimiento toman su propia instancia y método que arrojarán un conocimiento legítimo sobre los fenómenos que se han propuestos conocer. Mill, como ya hemos dicho, se

²⁶ ARENDT, Hannah, "Comprensión y política". En: *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 1995.

inscribe en la tradición del empirismo inglés que toma su fuerza del psicologismo, el cual viene siendo formulado y reformulado por Locke, Hume y Bentham. Los primeros creen que el origen de toda idea es psicológico, esto es, mediante la sensación y la reflexión se forman el entramado de ideas primarias y secundarias que tenemos en nuestra mente. A través del mecanismo de asociación se van formando cada vez ideas más complejas, pero todas las ideas tienen una impresión o referente empírico. De ahí que el empirismo confíe totalmente en lo que la experiencia nos muestra.

En lo que se refiere a la ética, su referente también va a ser Locke y Hume quienes creen que la única motivación de toda acción es el sentimiento antes que la razón, pero ésta última sólo servirá de guía para elegir la acción correcta. Pero no se puede dejar de lado las influencias de Bentham para la constitución de su pensamiento ético-político. Jeremy Bentham fue uno de los precursores del utilitarismo, su ansia de reformar políticamente las sociedades le lleva a tener contacto con el nuevo mundo e influir en la constitución de éste como estados independientes.²⁷ En Colombia, tiempo después de la independencia, hubo un álgido debate, entre Bolívar y Santander, en torno a la filosofía de Bentham en cuanto si se tomaba como referencia para la enseñanza del Derecho en las universidades públicas. Éste junto al padre de John, James Mill, introducen nuevas ideas a la política y la ética de su tiempo. Especialmente dan un nuevo enfoque al liberalismo.

Para el utilitarismo benthamiano las nociones de bueno y malo están conectadas con las de placer y dolor, es decir, Bentham en contraposición a la tradición cristiano-platónica identifica el sentir placer como algo bueno y el padecer dolor y sufrimiento como algo malo. En efecto, el utilitarismo emerge en contra de toda fundamentación para la moral y la política en órdenes sobrenaturales y divinos, por ejemplo, obligaciones y deberes que irían en liza

²⁷ RUDAN, Paola, "Más allá de la querrela benthamista: el gobierno de ultramaría", Traducción de Antonio Hermosa Andujar, Araucaria. En: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, Año 12, No. 23. primer semestre del 2010. Pág. 115-139.

con los intereses y deseos humanos, los cuales son a los únicos que hay que atender para elaborar una norma de moralidad.

Por consiguiente, la fundamentación del liberalismo, que ha sido la forma de justificación del Estado en la Modernidad a lo que Bentham y Mill no son ajenos, desde su perspectiva se hace de una manera diferente. Ambos rechazan la justificación de los principios liberales con base en unos derechos abstractos o derechos naturales. La creencia en ellos es un error y según Bentham, en palabras de MacIntyre, «son el producto de la creencia de que palabras como deber y obligación son nombres que tienen un sentido y una referencia muy independiente de su uso en cualquier contexto particular»²⁸. Lo que significa que repudian toda conceptualización que quiera mostrarse como única alternativa posible, olvidando los contextos particulares en que suceden los hechos.

Todo lo anterior lo hereda Mill de Bentham, al igual que, la prueba que ofrecen del principio de utilidad. Según Bentham uno de los motivos para aceptar el principio de utilidad como verdadero radica en el supuesto de que la psicología muestra al hombre bajo la influencia de lo que le proporciona placer y dolor, por ende el único criterio de conducta está guiado por esto, por la obtención de más placer y la ausencia total de dolor. Este es un motivo que acepta Mill, como un hecho empírico de que tal cosa es así, pero más allá cree que el principio de utilidad como principio de mayor felicidad no necesita prueba alguna, salvo algunas consideraciones que nos lleve a aceptarlo como válido. Más adelante se volverá a este punto. No obstante, Mill toma rumbo propio cuando, más allá de querer hacer reforma social del Estado, quiere la transformación del individuo como ser moralmente capaz de crear su vida espiritual sin ninguna coacción de la sociedad, sin que ello ponga en juego la promoción de la felicidad general. Lo que esto quiere decir es que Mill está

²⁸ MACINTYRE. *Historia de la ética*. Ed.cit., Pág. 225

preocupado no sólo por las condiciones materiales de la sociedad sino también porque cada individuo se realice con plenitud en su sociedad.

Para ello, es necesaria una concepción liberal del Estado. Una concepción que deje al individuo solo, en aras de que construya la forma más idónea en que quiere vivir. El liberalismo, como fundamento filosófico y político del Estado, deviene como una doctrina que predica la libertad del individuo ante la coacción estatal, el liberalismo nace con el propósito de limitar el poder del gobierno, así como a favorecer la tolerancia de cada individuo por las concepciones de vida buena de los demás. El liberalismo tiene su precedente en la revolución industrial que tuvo como consecuencia inmediata el ascenso de la burguesía, producto del crecimiento económico, y el descenso de la aristocracia. La modificación de la estructura condujo al cambio en la estructura social y política, razón por la cual el liberalismo se tiene como la mejor forma de fundamentar el Estado, ya que presupone la propiedad privada, la libertad y la igualdad. Aunque, como ya se ha dicho, la teoría liberal es sólo una forma de ideología para justificar el ascenso de la clase dominante, la burguesía.

Es decir, como surge en paralelo con el capitalismo, las categorías liberales antes mencionadas no hacen referencia, en realidad a la condición moral del hombre, sino a la economía, esto es, libre cambio, empresa industria, propiedad privada etc. Sin embargo, ante esa anotación, este trabajo se va a concentrar en un liberalismo con un espíritu más humano, más ético. Que de verdad de cuenta de la acción política humana, y conceda la estructura necesaria para el florecimiento de la solidaridad, de la tolerancia y la activa participación en el progreso hacia la felicidad/libertad propia y la felicidad/libertad general.

¿Por qué se debe poner la atención en una doctrina política si estamos discutiendo un principio moral? Pues bien, toda doctrina política debe tener un fundamento moral, ya que ésta versa sobre lo correcto y lo incorrecto de toda

acción humana, por ende las doctrinas políticas deben ir en concordancia con esos mínimos morales, para organizar mejor la sociedad. El fundamento liberal para el utilitarismo es el principio de utilidad, la maximización del bienestar general. Pues si desde lo ético el principio predica la felicidad y la libertad individual, desde lo político se concentra en la felicidad general. Muy al contrario que la moral y el liberalismo de corte kantiano, que cree que el derecho es anterior al bien, el utilitario cree que el bien antecede a todo tipo de derecho, y más aun si es un tipo de derecho abstracto. ²⁹

En este sentido el utilitarismo se acerca a Aristóteles, quien pensaba que lo importante de lo ético-político, era hacer buenos a los individuos mediante la educación y el hábito. Bentham y James Mill en el siglo XIX configuran el liberalismo como la política capaz de orientar el bien común. Por ello creen que el cuerpo legislativo debe estar orientado hacia ese fin. En manos de John Stuart Mill, el liberalismo se torna un poco más social, puesto que recomienda un condicionamiento en la estructura económica y además, defiende de manera radical la individualidad. Lo que debemos entender ahora es cómo ésta defensa de la individualidad no entra en liza con el compromiso de propiciar la felicidad general.

La contextualización que se hizo muestra que la idea del bien, tanto como la de hacer buenos a los hombres, ha estado presente en toda la historia de las discusiones sobre ética y política desde la antigüedad hasta nuestros días. En una época el bien privado ha predominado más que el bien común y viceversa. Tal bien ha estado representado en diferentes cosas, en la ciudad al modo antiguo, en los propios goces como en el liberalismo moderno, no obstante, nunca han estado en el mismo nivel, en equilibrio. El bien, que para el utilitarismo y su principio de utilidad es la felicidad, debe ser mejor estudiado con el fin de proporcionar una mejor explicación de cómo ese bien personal

²⁹ SANDEL, Michael, *Liberalism and its critics*, Traducido por Rodrigo Romero, New York university press, N.Y, 1984

que mueve al individuo a la acción se complementa con el bien general y no genera contradicción alguna.

Hasta donde se ha llegado, solo se ha logrado aclarar los presupuestos filosóficos, metaéticos y políticos de John Stuart Mill. Los cuales se pueden resumir de la siguiente manera. Mill en cuanto a la legitimidad del conocimiento es empirista del mismo rango de Locke y Hume. En cuanto la cuestión de la ética concibe que no es la razón la que motiva a la acción sino los sentimientos, de ahí su visión, que también comparte con Bentham, de que las categorías de bien y mal están mediadas por las de placer y dolor. Así, su fundamentación de la moral se aparta de aquellas éticas que se remiten a instancias sobrenaturales y divinas. Su justificación de la moral está anclada en la naturaleza humana. Por último, se señaló que para John Stuart Mill una concepción moral como la que propone es necesaria un Estado liberal, que tome en cuenta la noción de individualidad y, al mismo tiempo, de bien general.

En lo que sigue, se abordará *El Utilitarismo* de John Stuart Mill, entre otra de sus obras, atendiendo a las críticas más comunes que se le han adjudicado y llevando la argumentación a mostrar cómo es posible, o más exactamente, si es posible difuminar la línea que divide la promoción de la felicidad individual a la felicidad general. Para recorrer éste camino trazado, es menester examinar por qué la felicidad, el único bien legítimo que persigue la moralidad, es objeto de la ética y en qué medida debe ser condicionada bajo supuestos morales.

2. SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LA MORAL Y LA FELICIDAD

Hacer una buena revisión de la propuesta de Mill, o de su utilitarismo, que priorice los tres elementos que antes expusimos- reacción al individualismo egoísta; encausar el hedonismo autocomplaciente, recordar el compromiso social con los demás- los cuales se traducen en el equilibrio felicidad individual/felicidad general, necesita por un lado del examen de si debe la ética ocuparse de la felicidad y , por otro lado, del análisis del por qué la felicidad requiere unos condicionamientos morales que proporcione el equilibrio antes mencionado. Del análisis anterior se debe llegar a la conclusión de cuál es el ámbito de la felicidad, el subjetivo y privado o el objetivo y social. Es decir, el resultado de éste examen debe iluminar la cuestión de si la felicidad es propia de las condiciones internas del individuo y sus goces personales; o si también es el producto de ciertas condiciones sociales y políticas en las que todos los individuos tienen la responsabilidad de atender y promover.

Si la ética debe o no ocuparse de la felicidad y además si tiene el deber de mostrar el camino hacia ella, depende en gran parte de lo que se considere qué es felicidad y de cuál es el objeto de la moral. Si la felicidad se entiende al modo de Mill, la ausencia de dolor y aumento de placer, pero no aumento de cualquier tipo de placer inmediato y producido por facultades inferiores sino el placer personal y general con la ayuda de las facultades elevadas que posee el hombre, entonces sí necesita la felicidad de un ajuste moral.

Tal concepción de la felicidad vislumbra la fe que tiene Mill en el ser humano. Invita a pensar que sólo es posible hablar de un condicionamiento moral de la felicidad con una visión de lo humano como la que tuvo Mill, una perspectiva de la naturaleza humana muy optimista como bien lo señala Esperanza Guisán. Para el autor de *El Utilitarismo* los hombres «serían criaturas simpáticas,

abiertas, con capacidad para sufrir y gozar con el infortunio y la dicha ajenos.»³⁰

Precisamente, es esta idea la que se defenderá y para ello se mostrará cómo es posible una relación de la moral y la felicidad, además señalando unas razones para sostener que aun en la actualidad es necesaria tal concepción de la felicidad como objeto moral. Por otra parte, si la moralidad juzga lo correcto e incorrecto de una acción, que cosa puede ser mejor en una acción que sus consecuencias provechosas para el conjunto y el propio agente que la realiza.

Cuestionar la idea de que la felicidad debe ser objeto de estudio y de promoción de la ética se hace acuciante en razón de una de las críticas que menciona Mill en su obra, que versa sobre la imposibilidad de concebir la felicidad como único fin al que tiende la vida, ya que, según sus objetores, es propia de una vida de las bestias. Además, para hacer frente a las doctrinas morales que ven la felicidad como algo que no es terrenal, y un logro casi imposible de alcanzar, éstas señalan que se debe, más bien, preparar el espíritu para ser digno de tal capacidad. Como representante de estas doctrinas se levanta la ética kantiana. Por último, el hecho de que, puesto que la felicidad no es un estado perpetuo y duradero, cómo podría ser un criterio de moralidad y perfección algo inalcanzable.

La moral tiene desde la Antigüedad el propósito de guiar al hombre hacia lo que se debe considerar como bueno y malo, justo e injusto, correcto e incorrecto. Se constituye como la dimensión práctica del ser humano, que por medio de unos principios, sea de la naturaleza que sea, conducen la acción humana. En efecto, el principal propósito de la moral es guiar o conducir la acción, pero el problema está en saber hacia dónde debe guiarla; y arrojará una luz sobre si debe la moral ocuparse de la felicidad el conocer si aquella

³⁰ GUISÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El Utilitarismo*. Ed. cit. Pág., 13

debe conducir al hombre a la búsqueda de ésta o a alguna otra dirección y por qué es un propósito legítimo.

Lo moral varía, en cada autor y tradición, de acuerdo a lo que éstos han concebido como la meta final que ha de alcanzar el ser humano, se basan, como diría Mill, en una teoría de la vida diferentes entre sí. Además, las reflexiones morales se centran en postular qué debe tenerse como bueno y como malo, es decir, postular qué acciones tienden a ser buenas y qué acciones tienden a ser malas. En la Antigüedad, por ejemplo, la moral se encargaba de formar a los individuos sólo para la ciudad, es decir, para que formara virtudes públicas. Sólo la Modernidad separó la cuestión moral de la vida pública. De ahí que la exigencia moral hacia el bien de los demás, se ha convertido en una cuestión subjetiva, es decir, queda a voluntad del individuo.

Para ir un paso adelante en la búsqueda de una respuesta a esta cuestión, es pertinente que nos ocupemos de la pugna entre la moral kantiana y la moral en Mill, que no es más que la discusión entre el deontologismo y el consecuencialismo. Para Kant la moralidad se deduce tal y como deduce el conocimiento físico de los objetos. Es tan formal como los objetos de la matemática o de la geometría. Por ende, la propuesta ética kantiana ha sido interpretada como el intento de traspasar el proceder de las ciencias a las cuestiones prácticas humanas. Como las ciencias han tenido un progreso significativo gracias a sus procedimientos, lo más normal es hacer lo mismo con la moral. El espíritu que embarga el pensamiento kantiano lo describe García Morente en los siguientes términos:

«Es éste el momento más sublime de la física matemática; es este el instante en que todas las esperanzas están permitidas al hombre y en que esas esperanzas parecen tener, de momento, ya un cumplimiento tan extraordinario que se toca, por decirlo así, el momento en que el hombre va a poder alcanzar

una formula matemática que comprenda en la brevedad de sus términos el conjunto integro de la naturaleza.»³¹

Pero también su propuesta ha sido entendida como aquella que ha logrado, por un lado señalar el lugar de la metafísica y, por otro lado, la de mostrar cuál es la naturaleza del conocimiento práctico. Ambas cuestiones las resuelve Kant intentando señalar lo que entiende por conocimiento científico para luego decir que el conocimiento práctico y la metafísica son de una naturaleza distinta. Al postular las condiciones de posibilidad del conocimiento Kant expone que todos los objetos que pueden ser conocidos tienen que ser objetos de la experiencia, es decir, que puedan ser vistos, oídos etc. Por lo tanto, aquellos objetos que no tienen referente en la experiencia pueden ser por lo menos, pensados. Los objetos de la metafísica y el conocimiento práctico pueden ser pensados, más no son objetos de conocimiento científico.

Este intento kantiano de hacer de la moral algo tan formal como las ciencias es algo que Mill rechaza. Se mostró reacio a considerar que así como se da prueba del conocimiento en la ciencia se da igualmente en los asuntos prácticos. Dice en cuanto al conocimiento, que "siendo cuestiones fácticas, pueden ser objeto de una apelación a las facultades que juzgan de los hechos, a saber nuestros sentidos y nuestra conciencia interna"³². Tales palabras reflejan la teoría del conocimiento de Kant donde el saber en ciencia se constituye a través de la unión de la razón y las intuiciones empíricas que provienen de los sentidos. Pero más allá, Mill se pregunta si, ¿puede apelarse a estas mismas facultades en las cuestiones que atañen a los fines prácticos? Lo que evidentemente responderá con una negativa, pues no existe una prueba de tal naturaleza para dar fundamento a los fines morales.

³¹GARCIA, Morente Manuel, *Lecciones preliminares de filosofía*, Bogotá, Ediciones nacionales, 2003. Pág. 171

³²MILL, John Stuart, *El utilitarismo*. Ed. cit., Pág. 89

El principio de utilidad el cual es, según Mill, el fundamento de la moral debido a que el único objetivo de ésta consiste en señalar lo que es deseable y en definitiva no es otra cosa sino la mayor felicidad posible tanto para el individuo como para los demás. La prueba que ofrece para aceptar este principio es totalmente diferente que la que ofrece Kant para su ley moral. En la *Crítica de la razón pura* y en la *Metafísica de las costumbres* lo que hace Kant es mostrar, como ya se señaló, que lo moral pertenece a un ámbito aparte de los objetos de los que se encarga la ciencia. Para dar prueba al deber como imperativo categórico, desglosa toda una argumentación que inicia con la aceptación de la existencia de una conciencia moral en el hombre, así como en el hombre la razón posee la facultad para conocer los fenómenos, de igual manera tiene la razón la facultad de ser práctica, de ser moral. En contra del procedimiento kantiano para dar fundamento a la moral se encuentra este pasaje en el *Utilitarismo* de Mill: «Los sentimientos morales no son, desde luego una parte de la naturaleza en el sentido de encontrarse en grado perceptible presente en todos nosotros, cosa que tienen que admitir forzosamente aquellos que creen con más fuerza en su origen trascendental.»³³

Del análisis de esa conciencia moral, que es puramente formal, esto es, que es capaz de regirse por principios y está sujeta a unos criterios inamovibles, Kant extrae el deber como un principio de la voluntad buena incondicionada y desinteresada. "La atención se centra desde el comienzo en la voluntad del agente, en sus móviles o intenciones y no en lo que realmente hace"³⁴.

Ahora bien, para Stuart Mill existen casos en los que no es posible tener como guía una norma de conducta tradicional sino que es necesario atender a la acción. Podría decirse que cuando se tiene en cuenta la acción se está valorando igualmente la intención de llevar a cabo tal acción. Es decir, hay casos excepcionales donde las intenciones son relevantes a la hora de juzgar

³³ *Ibíd.* Pág. 82

³⁴ MACINTYRE. *Historia de la ética*. Ed. cit., Pág. 187

una acción como moral. El utilitarismo de la norma que Mill profesa permite que en casos particulares, se posponga el cumplimiento de la norma y se tenga en cuenta la acción con base en lo que posiblemente podría resultar. En efecto, existen casos, como salvar la vida de un inocente o el cumplimiento de una promesa es importante poner en consideración la acción que resultará en beneficio de esos fines.

Lo que se ha querido decir es que Mill, a diferencia de una moral como la kantiana, los motivos no son puestos en consideración para proferir la moralidad de una acción, pero sí las intenciones. Los motivos versan sobre el mérito o demérito de quien ha realizado la acción, mientras que las intenciones son susceptibles de juicio moral. Al respecto dice en *El Utilitarismo* que:

« (...) los moralistas utilitaristas han ido más allá que casi todos los demás al afirmar que el motivo no tiene nada que ver con la moralidad de la acción, aunque sí mucho con el mérito del agente. Quien salva a un semejante de ser ahogado hace lo que es moralmente correcto, ya sea su motivo el deber o la esperanza de que le recompense por su esfuerzo»³⁵

Mill claramente postula que se debe poner en consideración, con base en el principio de utilidad, en qué tipo de casos es necesario guiarse por las normas que la experiencia de la humanidad ha convenido como útiles y, en qué casos es necesario apartarse de la norma para tener en cuenta la acción y sus resultados. «En las actuaciones ordinarias de la vida, el hombre debe confiar en el buen sentido que tradicionalmente ha ido seleccionando unas normas de conveniencia que han superado la prueba de los siglos».³⁶

Desde el deontologismo kantiano la teoría de la utilidad no es más que una ética heterónoma, es decir, que se rige no por la razón misma sino por móviles externos, lo cual no promueve acciones libres sino sujetas a otras necesidades.

³⁵ MILL, John Stuart, *El Utilitarismo*. Ed.cit., Pág. 64

³⁶ GUISÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El Utilitarismo*. Ed. cit. Pág.28

De esta consideración de la moral en sentido kantiano, se puede señalar que no es una cosa que está a disposición del hombre tan fácilmente. Más bien es, haciendo eco de la interpretación de Esperanza Guisán, una cosa tan sublime que no está al alcance de la vida humana terrenal. En consonancia con esta interpretación, en cuanto al tema de la felicidad la teoría de Kant supondría que el hombre debe esperar la felicidad no aquí en este mundo, sino que debe cultivar la virtud y las buenas acciones que harán llegar la felicidad, quizá en otro estado donde el "es" y el "deber ser" están unidos. Para una mejor comprensión citemos a García Morente quien interpreta lo anterior de mejor manera. Según éste, para Kant:

«La característica de nuestra vida moral, concreta, en este mundo fenoménico, es la tragedia, el dolor, el desgarramiento profundo...»³⁷ *Y prosigue...*

«Esa tragedia del abismo que dentro de nuestra vida fenoménica, en este mundo, existe entre la conciencia moral, que tiene exigencias ideales y la realidad fenoménica que sigue su curso normal de causas y efectos, sin preocuparse para nada de la realización de esos valores morales. Por lo tanto es absolutamente necesario que tras este mundo, en un lugar metafísico allende este mundo, esté realizada esa plena conformidad entre lo que "es" en el sentido de realidad y lo que "debe ser" en el sentido de la conciencia moral.»³⁸

«.....Y esa unión o unidad sintética de lo más real que puede haber con lo más ideal que puede haber, la llama Kant Dios.»³⁹

De ahí se podría decir, de acuerdo a la interpretación de Esperanza Guisán, que sólo un lugar o estado después de la muerte tal y como cree el cristianismo es donde es posible la realización total de la moralidad y es únicamente el lugar donde la felicidad puede llegar, a aquellos que cultivaron una vida sujeta a la ley moral incondicionada.

³⁷ GARCIA Morente Manuel, Op. cit., Pág. 236

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ *Ibíd.*

La propuesta de John Stuart Mill, por su parte, se basa en la psicología, por ello el fundamento de la moral parte de un hecho psicológico, el hombre desea la felicidad. No es un hecho de la razón pura, puesto que el ser humano, a su modo de ver, no es sólo razón sino que también obedece a la pasión, a sus emociones, a sus intereses. Su prueba, por lo tanto, para aceptar el principio de utilidad no exige una justificación lógica y formal, como si lo hace Kant imitando el modelo lógico de la ciencia para dar evidencia a la conciencia moral y al imperativo categórico. Frente a dichas maneras de justificación moral, Mill amplía los conceptos de racionalidad y rechaza toda reducción al modo deductivo de la lógica científica.

«Mill está más bien dispuesto», señala Esperanza Guisán, «a anticipar la idea de que los usos de la razón y la racionalidad son varios y que es absurdo pretender reducir todo intento de justificación racional al modelo de la lógica o de la ciencia, de modo exclusivo»⁴⁰. Una característica que convierte al autor utilitarista en un pensador, como ya se dijo en el capítulo anterior, con ideas que la postmodernidad tiene como banderas.

Retomando el tema de la felicidad, el naturalismo y los rasgos hedonistas del utilitarismo que profesa Mill le otorgan las herramientas para bajar la felicidad del cielo kantiano y colocarla en el mundo terrenal, en el goce y disfrute de nuestras posibilidades como seres humanos. El hedonismo del cual la doctrina utilitaria es vertiente afirma, en compañía con el naturalismo, que lo bueno en el ser humano es posibilitar en lo que se pueda la satisfacción de sus deseos naturales. La felicidad consiste en ello, pero no sólo en el goce de placeres inmediatos e inferiores. Es por eso que Mill hace la separación entre los placeres, para poder argumentar que unos son moralmente mejores y más acorde con la felicidad digna de los seres humanos. Su hedonismo no sólo es

⁴⁰ GUISÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El Utilitarismo*. Ed. cit. Pág. 9

egoísta, en la medida en que no está exclusivamente interesado en goces privados, sino que tiene pretensiones universalistas.

El hedonismo en Mill a pesar de ser individualista presenta pretensiones universales. Para él, cuando el hombre realiza un cálculo de felicidad e infelicidad es necesario que tome en cuenta a los demás puesto que sus satisfacciones y dolores deben ser de interés de todos. Como bien ha señalado Mill, la mayor empresa del hombre es el hombre mismo y por ello un egoísmo no limitado por consideraciones de bien general sería inadecuado con las capacidades elevadas que el hombre posee. Es decir, un hedonismo egoísta incapaz de trascender hacia el universalista entraría en liza con sus postulados que versan sobre las facultades superiores o elevadas que el ser humano posee y que los distingue de los apetitos animales. «Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son conscientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades.»⁴¹

Esas palabras de Mill justifican el hecho de que en su propuesta únicamente no hay un hedonismo concentrado en los goces personales. El despliegue de esas facultades lo realiza el hombre cuando tiene en cuenta a los demás en el cálculo de sus acciones. En efecto, la justicia es un rasgo indispensable para pasar de un hedonismo egoísta a un hedonismo universal pues, el ser humano justo es alguien que ha logrado desarrollar sus capacidades elevadas y no encuentra felicidad haciendo daño a alguien sino que, al contrario, gracias al desarrollo de esas facultades genuinamente humanas lo mueve a participar en la promoción de la felicidad general.

Por consiguiente, un hombre desarrollado en sus capacidades morales además de encontrar felicidad en el autodespliegue de su individualidad, al mismo tiempo, se hace feliz desarrollando «los sentimientos y las facultades que

⁴¹ MILL, John Stuart, *El utilitarismo*. Ed. cit., Pág. 47.

tienen por objeto el bien de los otros.»⁴² Por ello, dice Mill en *Sobre la Libertad* que el hombre encuentra un tipo de ganancia cuando limita su egoísmo, puesto que así logra un desarrollo de su parte social. « ¿No nos conmueve, de alguna manera, el saber que otros sufren por nuestro descuido o indiferencia y que dedicar algún tiempo, sacrificar algún tipo de ganancia material o de otra índole puede implicar que se mejore la suerte de otros humanos?». ⁴³

El modo moderno de entender el hedonismo- como la búsqueda de todo tipo de placer inmediato, carnal e individual- es una degeneración del tal concepto que desde Epicuro está dentro de la historia de la ética como una de las doctrinas que da sentido a un estilo de vida. No hay nada más ajeno a la propuesta utilitarista de corte Millleano que un hedonismo autocomplaciente tal y como el mundo moderno lo ha interpretado. Aunque no es tanto una interpretación como una manera en que el individualismo moderno encontró para alejar todo tipo de responsabilidad ante las realizaciones humanas más elevadas, por ejemplo, la de promover la felicidad general.

Al hacer la lectura de las obras de John Stuart Mill se puede vislumbrar que la felicidad de la que habla no tiene semejanza con aquella que poseen las sociedades modernas, es decir, como un estado placentero relacionado con las sensaciones corporales o también con logros efímeros que nada tienen que ver con el desarrollo de elevadas capacidades en el hombre. En las sociedades actuales, los hombres hablan de felicidad cuando se les han dado ciertas cosas, o el momento en que se ríe, se baila, se disfruta con los amigos y en total cuando se pasa bien sin intervención alguna de dolor o sufrimientos. Se ha limitado la felicidad a este tipo de cosas y, por ejemplo, si una sociedad funciona bien o está sumida en la violencia y en el desorden, usan una serie de calificativos técnicos, pero no se cuestionan si la sociedad es más feliz; no logran calcular el grado de felicidad que ha alcanzado la comunidad. Un tipo de

⁴² MILL, John Stuart, *Sobre la libertad*. Ed.cit., Pág. 76

⁴³ GUIÑÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El Utilitarismo*. Ed. cit. Pág. 25

felicidad deseable, es decir, aquella que tiene matices morales y también políticos y hasta educativos.

La felicidad posee matices morales y es en definitiva moral porque su construcción requiere de las facultades más elevadas y espirituales del ser humano. Facultades que necesitan de cultivo ya que el hombre puede perderse en los placeres y facultades inferiores que en efecto sí lo asemejaría un tanto a la vida de las bestias. Todos estos elementos psicológicos del ser humanos los analiza Mill en *El Utilitarismo*. El tipo de felicidad de la que habla en la obra antes mencionada se basa en el conocimiento de la naturaleza humana como ya se ha venido señalando y que se puede sintetizar en las siguientes palabras de Esperanza Guisán «el hombre no encuentra su satisfacción más que en autodespliegue que exige una vida rica en el desarrollo de potencialidades....»⁴⁴

Llegados a este punto se puede responder a la pregunta que se hizo al iniciar de si debe la felicidad estar condicionada moralmente. La felicidad sí necesita de condicionamientos morales en la medida en que los hombres pueden equivocarse a la hora de saber lo que le puede hacerles más feliz. El hombre debido a su desconocimiento de su propia naturaleza y de las capacidades que posee puede llegar a tener como felicidad una noción o estado tan limitado y reducido tal como lo se tiene en la actualidad. Se hace necesario que la moral se inmiscuya en la conquista de la felicidad una vez que ésta se ha identificado con el placer que ofrecen las drogas, el alcohol, la fama y el dinero. Puesto que, nada tienen que ver con la satisfacción que provoca el desarrollo de facultades superiores que hacen que los seres humanos adquiera la felicidad digna de ellos.

Es urgente conectar ambos términos -moral, felicidad-, porque se ve a menudo a jóvenes que están inmersos en prácticas que no tienen un fin elevado

⁴⁴ Ibíd. Pág.16

específico y están tan alejados de la naturaleza humana. La moral tiene el propósito de señalar o guiar hacia el camino de una felicidad acorde con la naturaleza humana. De decir, que el placer momentáneo que producen las drogas y el alcohol no es el placer más intenso y digno que puede experimentar un hombre con capacidades elevadas.

En este punto al cual ha llegado el mundo, donde las sociedades están cada vez más conectadas entre sí gracias a los medios masivos de información, es menester, tal como piensa Mill, que la opinión pública, a través de tales medios, y la educación que se imparte a los jóvenes y niños estén orientadas a promover el autodespliegue de las capacidades morales e intelectuales que son beneficiosas para la sociedad en conjunto. Es tarea difícil guiar a las personas hacia una noción de felicidad como la que Mill plantea, esto es, que esté acorde con las capacidades propiamente humanas, pero es algo que hay que tratar de conquistar como mejor sea posible, aunque sea una ardua labor.

Los hombres están siendo formados a través de los medios de comunicación, pero la dificultad está en qué tipo de formación están recibiendo de ellos. Lo que se quiere es que los medios de comunicación en conjunto con la educación, que imparte el Estado y la que se recibe en la familia y otros espacios o entes privados tengan un compromiso con la formación de los individuos en donde éstos prioricen la acciones benéficas en pro de su comunidad y realicen su felicidad tal como quieren, siempre y cuando esté acorde con las capacidades más nobles y superiores del ser humano.

La felicidad humana tiene condición de mundanidad, es decir, es terrena; más no un logro que se alcanza en otra vida o estado, el cual no se sabe si realmente existe. Las sociedades actuales sumidas en el dolor y en el sufrimiento tienen todo el derecho de lograr su felicidad. Debe ser tarea de todos promover en lo que se pueda la felicidad general. Puesto que, la realización de tal cosa debería proporcionar placer a quien así lo hace y, por

ende, hacerle más feliz. Cuantos personajes han sido felices y han cultivado sus vidas en el ejercicio de hacer y promover el bien de los demás. La nobleza en una persona es buena tanto para la misma persona como para los demás, en la medida en que es una virtud útil para el bienestar de la comunidad y porque propende siempre por asegurar la felicidad ajena.

Lo dicho hasta aquí supone que aquellos seres moralmente superiores se hacen felices con el altruismo y saben que cualquier sacrificio debe estar justificado en la promoción de felicidad. El mundo ha visto aparecer esos seres a lo largo de toda la historia, seres moralmente superiores que condicionan su felicidad al logro de una humanidad más justa y feliz. Aquellos que como Jesús, Ghandi, Martín Luther King entre otros que consagraron sus vidas por un ideal de felicidad común son los que desde el utilitarismo de Mill podemos considerar como agentes necesarios para la sociedad.

Mill está seguro que las personas que son ajenas a interesarse por los demás en algún momento se encontrarán que su vida es vacía. Expone que: «Cuando las personas que son tolerablemente afortunadas con relación a los bienes externos no encuentran en la vida goce suficiente que la haga valiosa para ellos, la causa radica generalmente en la falta de preocupación por los demás».⁴⁵

Occidente ha sumergido a sus miembros en una concepción de felicidad que no es íntegra, no es el tipo de felicidad que el ser humano es capaz de conquistar. Por el contrario, la ha identificado con mero beneficio, con un mero estar-bien bajo condiciones económicas y físicas determinadas obtenidas mediante herramientas que desvinculan al hombre de su humanidad y empobrecen la capacidad para una felicidad digna de ellos.

⁴⁵ MILL, John Stuart, *El utilitarismo*. Ed.cit., Pág. 56

La programación mental que ha introducido la sociedad moderna a los individuos consiste en la aprehensión de una forma de felicidad relacionada con la acumulación de unos bienes y el supuesto bienestar inherente a ellos. Es claro que hemos estado describiendo una de las doctrinas más represivas, el neoliberalismo, el cual crea un ideal de felicidad en torno a la inserción a un sistema que proporciona las medidas para una supuesta vida digna. Sin embargo, esa vida digna se consigue bajo precios muy altos, extrae de los seres humanos mucha de sus virtudes y facultades más elevadas.

En efecto, re-pensar a Mill en estos momentos de confusión resultaría significativo porque ofrece una visión de la vida humana y sus aspiraciones como algo necesario de alcanzar y de perfeccionar. La naturaleza humana es perfectible, se cultiva hacia logros que verdaderamente valen la pena y la propuesta que se observa en el utilitarismo es precisamente ésta, perfeccionar los sentimientos morales del ser humano que lo harán más feliz, gracias al autodespliegue y desenvolvimiento libre de sus capacidades y de todos aquellos rasgos humanos.

Esos sentimientos morales que Mill los ve como algo natural, producto de la naturaleza humana es en definitiva la prueba del principio de utilidad y por ende, de la idea de que el hombre se hace feliz participando en la promoción de la felicidad general. La sanción última, aquello que obliga a obedecer ese principio es en definitiva, dice Mill, «un sentimiento en nuestro propio espíritu», que se traduce en el deseo de estar con nuestros semejantes. Es un principio de la naturaleza tal deseo de socialización con los demás, está inmerso en la propia condición del hombre como seres humanos desarrollados. Al respecto Mill escribe que:

«El estado social es a la vez tan natural, tan necesario y tan habitual para el hombre que, con excepción de algunas circunstancias poco comunes, o a causa del esfuerzo de una abstracción voluntaria, puede el ser humano

concebirse a sí mismo más que como miembro de un colectivo. Sentimiento de asociación que se refuerza más y más, conforme la humanidad abandona el estado de independencia salvaje.»⁴⁶

Y se podría reforzar esta idea de los vínculos sociales en el hombre y la preocupación por el bien ajeno citando las palabras de Esperanza Guisán, según ella lo que el utilitarismo pide es que en «el cálculo de placeres y molestias contemos con los demás, como parte integrante de nuestro mundo, como seres sintientes y racionales cuya suerte no puede sernos indiferente»⁴⁷

La suerte de los demás no puede ser indiferente para ningún hombre, y hoy en día se postula que tampoco puede serle indiferente la suerte, intereses y sufrimientos de las otras especies, los animales por ejemplo. El utilitarismo se ha utilizado para la defensa de los derechos de los animales. Por consiguiente, para el espíritu utilitarista no se puede ser feliz totalmente si esa felicidad se ha conseguido a costa del sufrimiento de otras especies y otros seres humanos. Así pues la felicidad no sólo se reduce a algo subjetivo, esto es, no es solamente goces internos y personales sino que también es producto del saber que los demás disfrutan de tanta felicidad y placer como uno mismo, que al promover y colaborar en crear las condiciones necesarias para que los demás disfruten su derecho a ser felices, proporciona tanto goce como cualquier placer de tipo carnal y personal.

La felicidad depende entonces, de la libertad para el desarrollo de las capacidades intelectuales, emocionales y sensibles del hombre, por otro lado depende también de la consideración del bien ajeno y por último de ciertas condiciones sociales que promuevan la felicidad a nivel personal y forme a los ciudadanos para que se haga feliz haciendo que los demás sean felices.

⁴⁶ *Ibíd.* Pág. 83

⁴⁷ GUISÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El Utilitarismo*. Ed. cit. Pág. 23.

La cuestión que queda es saber cómo es posible equilibrar las pretensiones de felicidad personal con las pretensiones de felicidad general. O más exactamente, cómo es posible no violar la individualidad y el libre desarrollo de la vida y personalidad de un hombre cuando se interviene demasiado en tratar de moldear sus deseos humanos en pro del beneficio común. Si bien Mill cree que cualquier cosa es útil para sensibilizar hacia este fin, también es cierto que considera que sólo es así cuando las cosas están de tal manera que nadie se preocupa por promover el bien ajeno. Pero cree que se llegará a un estado del espíritu en que no va a ser necesario sacrificar la libertad y felicidad individual en pro de la general.

Llegará el momento que los seres humanos tengan la promoción de la libertad/felicidad general como algo totalmente natural. Podrán encontrar el punto en que hagan de su individualidad algo original y sean tan libres a la vez que participarán en la creación de felicidad para con los demás.

En su ensayo *Sobre la libertad* Mill señala con más precisión la cuestión del problema de la felicidad/libertad individual y general. En dicha obra, donde hace un elogio a la individualidad y la originalidad y por ende, de la libertad que se necesita para ello, muestra que no hay ningún inconveniente en trazar una línea divisoria entre perseguir la individualidad y la libertad personal y la búsqueda de bienestar común y control de la vida social. Ambas cosas tienen contextos diferentes pero no quiere decir que se contrapongan o que el logro de una signifique la anulación de la otra. Lo que el autor inglés va a postular es que la conquista de la felicidad/libertad individual que es indispensable en una sociedad, está mediada por la instrucción, la educación y la cultura con el fin de no dañar a los demás. Por ello, la única violación legítima en contra de la libertad y la felicidad del individuo es que entre en liza con el beneficio ajeno, que esté en contra del derecho a la felicidad de los demás.

Es un absurdo creer que de la doctrina de Mill acerca de la individualidad se siga que está proclamando por una rebeldía social en contra de todo aquello que la humanidad ha ido ganando. Si bien en la obra antes mencionada desdeña toda forma de costumbrismos, o más exactamente, deplora que los seres humanos, que según su concepción y teoría de la vida son seres con facultades avanzadas y superiores, las desperdicien en un proceso de imitación y pasividad que sólo es posible en los simios. Un ser desarrollado es capaz de desplegar sus capacidades más altas y utilizarlas para crear, quizás como una obra de arte, su propia vida, pues el propio Mill dice que «De las obras humanas, en cuya perfección y embellecimiento emplea rectamente el hombre su vida, la más importante es, seguramente, el hombre mismo»⁴⁸.

Como ya se mencionó antes, no es que la costumbre y la tradición sean malas y dañinas del todo, sino que el problema está en que el hombre debe ser activo en el recibimiento de ellas. La cuestión no es tomarlas ciega y pasivamente sino transformarlas de acuerdo al espíritu y condiciones propias de cada individuo, sin que ello, claro está, vaya en perjuicio de otros. Tal postura sobre la costumbre y la tradición se basa en lo que ya en todo este trabajo hemos venido comentado, en una concepción del hombre y su naturaleza como entes de facultades que necesitan ponerse en ejercicio y desarrollarse cada vez más. Ser activos es poner en ejercicio esas facultades y mediante ellas recibir las costumbres de tal manera que no causen daño intelectual y moral.

Quizás para muchos no sea fácil la cuestión de dar solución a la preocupación por la individualidad y la comunidad al mismo tiempo, y sigan pensando que una va en detrimento de la otra. Sin embargo, no pueden decir que Mill no hace mención y soluciona a su manera tal problema, que en realidad no es ningún problema sino más bien dos etapas distintas que se complementan, pues como ya se ha dicho en otros párrafos, el hombre se eleva en sus facultades promoviendo el bien común. «Atenerse a las rígidas reglas de la justicia en

⁴⁸ MILL, John Stuart, *Sobre la libertad*. Ed. cit., Pág. 72

beneficio de los demás, desarrolla los sentimientos y las facultades que tienen por objeto el bien de los otros.»⁴⁹

El capítulo que sigue se dedicará con mayor detalle a este punto de lo individual y lo general, se tratará de ampliar la propuesta de Mill con autores e ideas contemporáneas. Del mismo modo, se tratará de esbozar cuáles condiciones son necesarias para lograr la felicidad/libertad general e individual, tanto a nivel social, político y moral.

⁴⁹ *Ibíd.* Pág. 76

3. CONDICIONES NECESARIAS PARA FOMENTAR LA FELICIDAD GENERAL E INDIVIDUAL EN UNA SOCIEDAD.

En el capítulo anterior se ha dicho que para el logro de la felicidad es imprescindible la libertad cuya finalidad es el desenvolvimiento intelectual y emocional; así como también es indispensable la conciencia sobre el bienestar de los otros. De igual modo, se ha señalado que esa conquista y mantenimiento de la felicidad en una comunidad necesita de ciertas condiciones sociales y disposiciones individuales. Dilucidar esas condiciones y disposiciones es la tarea en esta última parte del trabajo. Pero antes, se clarificará algo más la cuestión con la que terminó el anterior capítulo, el equilibrio entre la felicidad general y la individual.

¿Por qué debe proporcionarme satisfacción el contribuir a la felicidad general? Pues bien, desde la antigüedad se ha tenido como una afirmación indiscutible que el hombre no puede vivir en soledad, su realización, su bien está en compañía con otros, lo que tiene como consecuencia la inevitable carga y compromiso hacia su mundo. Incluso Mill, ya se ha dicho, en *El Utilitarismo* expone que es un principio de la naturaleza el que los seres humanos quieran estar juntos por lo que «el simple hecho de vivir en sociedad impone a cada uno una cierta línea de conducta hacia los demás.»⁵⁰ El compromiso de promoción de felicidad general se debe al hecho de vivir en una sociedad de la cual se recibe protección. De esta manera, Mill se aleja del contractualismo que, ya expuesto en el primer capítulo, mantiene que las obligaciones hacia la sociedad y hacia uno mismo están pactadas en un contrato social que acordamos para el buen mantenimiento de la comunidad, puesto que garantiza la seguridad de cada quien.

En definitiva, si en la propia naturaleza humana está el querer convivir con los demás, el hombre debe, de igual manera, querer de sus semejantes su

⁵⁰ *Ibíd.* Pág. 88

bienestar y la felicidad posible que puedan obtener. Un ser moralmente desarrollado no es feliz a costa del sufrimiento ajeno, ni mucho menos, siente plena felicidad sabiendo que los demás se encuentran sumidos en el profundo dolor y sufren las miserias de la vida. Además, tal como cree Mill, el desarrollo de la parte social es para el hombre una ganancia en cuanto a su perfectibilidad se refiere. Aun en contra de su individualidad, el cultivo de la justicia y en total aquellos sentimientos y facultades que tienen por objeto el bien de los otros⁵¹, le es beneficioso. La justicia es una condición indispensable en el bienestar de una comunidad. Pero antes de analizar esta condición, se describirá una que es igual de importante que la justicia, tal es la libertad, pues no se puede hablar de justicia si no existe la libertad. La libertad es el primer elemento con el cual una sociedad se orienta hacia su propio bienestar.

Examinar la libertad como condición del bienestar o de la felicidad se debe a que configura lo que se denomina la individualidad, la libertad es condición de posibilidad para la individualidad y la originalidad. En efecto lo que se entiende por libertad en Mill no sólo es aquella concepción de hacer, realizar lo que se quiere sino además de configurar la personalidad o el espíritu como se quiera. Es decir, no estamos hablando sólo de aquella libertad que nos permite comprar donde queramos o ir donde nos plazca, sino la libertad de espíritu, de forjar las opiniones personales tal y como las hemos concebido y reflexionado. Libertad para aflorar los propios talentos, perspectivas y pensamientos.

Podría pensarse que el exceso de libertad y de permisividad de individualidad sería contraproducente para la sociedad, puesto que haría hombres desconectados entre sí, preocupados de sus asuntos privados y además peligroso para el mantenimiento de la paz y la seguridad de una comunidad en vista de que los hombres defenderían su libertad a costa de cualquier ley social e imposición moral pública. Pero nada de eso se deduce del argumento de

⁵¹ *Ibíd.* Pág. 76

John Stuart Mill, puesto que expone la importancia de la educación para el florecimiento de hombres que sepan manejar su libertad y su individualidad en beneficio propio y en beneficio de los demás. La educación es, pues, otra condición del bienestar humano y social, que se tendrá ocasión de discutir más adelante.

En su obra *Sobre la libertad* señala que la inestabilidad de la libertad en el mundo es signo de un despotismo que impide el avance tanto moral, político y científico de una comunidad. Este ensayo de Mill tiene una increíble actualidad lo cual muestra que las comunidades no han podido revertir ese destino que el autor denuncia como una pérdida del valor propio del ser humano. Varias décadas después que Mill escribió su obra, aun el mal continúa cada vez más sofisticado, menos perceptible. Los actuales ciudadanos carecen de una disposición a construir su individualidad de manera diferente y en diversas situaciones, tal como lo dijo Mill, la gente se camufla, se asimila de acuerdo a los intereses de una clase, escuchan lo mismo, leen lo mismo y van a los mismos sitios. Lo que es peor aun es que se trazan las mismas metas. «Pero la sociedad tiene ahora plena conciencia de la individualidad, y el peligro que amenaza a la naturaleza humana no es ya el exceso, sino la falta de impulsos y de preferencias personales»⁵²

La falta de impulsos y de preferencias personales es uno de los rasgos principales del hombre de hoy. La causa, se podría decir, es política. Es decir, en un tiempo, dice Mill, la libertad tenía como fin mantener la línea entre la esfera del individuo y los de la sociedad, mantener al margen del individuo toda forma de tiranía del gobierno. Pero cuando aparece la forma democrática de gobierno parece que impuso la idea de que los intereses de lo gobernantes deben ser los mismos que los del individuo, no habría razón para limitar nuestro propio poder. Ello desembocó en una asimilación, homogenización de

⁵² *Ibíd.* Pág. 74

los hombres y los llevó a defenderse ante una nueva amenaza, la de la tiranía de la mayoría o de la sociedad.

La tiranía de la mayoría debe su peligrosidad a que no aplica sanciones legales, sino que amenaza mediante la desaprobación social. Debe su peligro a que encadena al hombre bajo un único esquema de conducta. Tal como cree Mill, encadena el espíritu humano. Bajo esta forma de despotismo, pues según Mill «todo lo que tiende a destruir la individualidad es despotismo»⁵³, el hombre se pierde en la masa, se despreocupa por la originalidad de su ser. Se adhiere a la costumbre de una forma mediocre y ciega. Por consiguiente, el desenvolvimiento de cada ser humano y el desarrollo de sus capacidades más elevadas se pierden en el seguimiento de aquello que la sociedad impone.

Lo importante de mantener la individualidad y fomentar lo original está en que una sociedad a la que se le deje vivir a cada uno de sus integrantes según sus mandatos, es más feliz que otra a la que los integrantes están coordinados bajo unas conductas preestablecidas. En este tipo de culturas o sociedades no existe innovación ni, dice Mill, historia, como en el caso de China. Pero ya se sabe que para ello se necesitan sujetos desarrollados en sus facultades morales para evitar las objeciones de que los hombres pueden hacer cualquier cosa por efímera que sea en vista de la libertad que poseen y se les asegura. El desarrollo de facultades superiores, se ha venido diciendo, es necesario para que la propuesta de Mill sea coherente con las pretensiones de mejorar la sociedad.

El desarrollo de esas capacidades se muestra cuando el individuo es capaz de elegir lo que quiere sin que nadie medie en sus decisiones, a no ser que sea el perjuicio de los demás. Por ello dice Mill, «el hombre que permite al mundo, o al menos a su mundo elegir por el su plan de vida, no tiene más necesidad que

⁵³ Ibíd. Pág.77

de la facultad de imitación de los simios». ⁵⁴El ejercicio de la individualidad exige que los hombres sean capaces de poner a prueba todo su potencial humano. Cada hombre es diferente, cada quien posee su esencia y por ello para que cada individuo se desarrolle según sus posibilidades es necesario que haya diversas situaciones y por consiguiente libertad.

La tiranía de la mayoría es el obstáculo más grande hacia el progreso. El progreso no es posible sin la presencia de hombres originales o individualistas. Pues la costumbre entendida como estancamiento no crea nuevas cosas, nuevas posibilidades de progreso. Al respecto de la utilidad de hombres desarrollados que cultivan su individualidad Mill dice que:

«No sólo hay necesidad de gentes que descubran nuevas verdades, o que señalen el momento preciso en que lo que fue largo tiempo una verdad dejó de serlo, sino también de otras que comiencen nuevas prácticas, y que den el ejemplo de una conducta más ilustrada, de mejor gusto, y de buen sentido en todas las cuestiones que se puedan presentar.» ⁵⁵

Sin la libertad de innovación y excentricidad que Mill defiende no es posible nuevos avances en moral, nuevas soluciones en política y nuevos avances científicos. Sin ese llamado a la originalidad no habría existido hombres como Einstein, Newton, los cuales nos enseñaron como describir el mundo que nos rodea; aquellos que unas vez soñaron con volar e inventaron artefactos que hoy acortan las distancias, y así entre otros hombres que crearon bienes de utilidad y que hacen de la vida un poco más fácil de vivir. En definitiva dejar a los hombres libres para que forjen su individualidad es tanto conveniente a él mismo como a la sociedad en total.

Mill sabe que no todos los miembros de una sociedad tienen pretensiones de originalidad pero el dejar que estos últimos afloren su personalidad es de

⁵⁴ *Ibíd.* Pág. 72

⁵⁵ *Ibíd.* Pág. 77

utilidad en la medida que fomenta el ejemplo y además la sociedad puede llegar a disfrutar el fruto de sus innovaciones.

El cultivo de los sentimientos morales es indispensable en la construcción, el mantenimiento y el progreso de una sociedad. Sólo aquella sociedad que posterga o, más exactamente, no favorece el desarrollo moral de sus habitantes es porque oculta intereses malévolos y egoístas. Es una comunidad que tiende a la crisis y al caos moral debido al deterioro de las facultades humanas superiores. La falta de capacidades morales desarrolladas imposibilitan a los hombres a reconocerse como parte de una comunidad a la que deben una serie de obligaciones, imposibilita a los hombres a reconocer que tienen un compromiso con la promoción del bien de los demás, los imposibilita para el goce de placeres superiores y por consiguiente, se adentran en el goce de aquellas sensaciones efímeras y degradantes. Una comunidad que no favorezca el avance moral e individual no es justa.

No es justa porque olvida la promoción del bienestar general, oculta otros intereses y pone en peligro el avance moral de la sociedad. Por eso es necesario que se haga una buena lectura de Mill para evitar aquellos malentendidos y objeciones que versan sobre el posible mal que hay en el utilitarismo cuando postula su máxima de que algo es correcto siempre que genere mayor felicidad para el mayor número. Es una infamia decir que la obra de Mill permite casos de crueldad y menosprecio siempre y cuando esos actos desemboquen en una mayor felicidad para la mayoría. El mismo principio de justicia el cual está, para Mill, fundamentado por la utilidad, incapacita para que una comunidad se haga feliz a costa del sufrimiento ajeno, o de la violación a los derechos de los demás, o a costa de la mediocridad de sus habitantes. La justicia es una condición primordial para el bienestar humano ya que obliga a cada hombre al respeto de los derechos de sus semejantes. Sin esos principios la humanidad viviría en una angustiosa inseguridad por el daño que podrían causarles los demás.

La justicia no se basa en alguna realidad metafísica, sino en la utilidad social. Es decir, el concepto de justicia no está justificado por alguna realidad extra-humana o por algún concepto abstracto de humanidad, sino que su fundamento radica en los beneficios que tiene para las relaciones entre los hombres. Para Mill los preceptos de la justicia deben su rango elevado a que sin ellos no habría una estabilidad en la sociedad, no sería posible la paz entre los seres humanos. Ahora bien, el propio fundamento de la justicia consiste en su extensión social, en su alcance colectivo. El utilitarismo rastrea el sentimiento de justicia en la propia naturaleza, pues es normal que los animales sientan un instinto de protección y de defensa ante algún daño.

Para Mill estos sentimientos son la “*autodefensa*” y la “*simpatía*” que se siente hacia los otros a los que se les causó o se les podría causar un daño. Sólo cuando éstos sentimientos se vinculan con sentimientos sociales o con la simpatía social es que la justicia adquiere el carácter que tiene para el hombre de hoy, de ser un concepto moral que está en pro del bienestar humano. Esto es posible porque, a diferencia de los animales, los humanos tienen la capacidad de extender o ampliar su radio de simpatía hacia otros hombres con los cuales no tiene parentesco y, además, hacia otras especies sintientes.

Este tipo de sentimientos naturales le permiten al hombre crear comunidad y velar por su bienestar. Pues:

«A causa de su superior inteligencia, aun no teniendo en cuenta su superior ámbito de simpatías, un ser humano es capaz de captar una comunidad de intereses entre sí y la sociedad humana de la que forma parte, de tal modo que cualquier conducta que amenace la seguridad de la sociedad en general es una amenaza para sí mismo y pone en marcha su instinto de auto defensa».⁵⁶

⁵⁶ MILL, John Stuart, *El Utilitarismo*. Ed. cit., Pág.114

La moralidad de esos sentimientos sólo es posible una vez que se integran con las preocupaciones sociales y, por consiguiente, por el bienestar general.

Lo que Mill intenta decir es que es natural en todas las especies defenderse ante el peligro y querer vengarse cuando se ha recibido daño alguno, pero en el hombre esos sentimientos, esos deseos se convierten en preceptos morales* en la medida en que se relacionan y se extienden en pro de la sociedad como tal, se amplían así no se hallen afectados individualmente, es una idea moral el otorgar a cada quien lo que merece, tal es la concepción de justicia que Mill entiende. Por ello la siguiente cita será clarificadora:

«El sentimiento natural nos haría rechazar de modo indiscriminado cualquier cosa hecha por otro que nos resulte desagradable; sin embargo cuando este sentimiento se moraliza mediante la incorporación de un sentimiento social, sólo actúa en el sentido que viene determinado por el bien general, de tal modo que las personas justas rechazan los daños causados a la sociedad».⁵⁷

El sentimiento moralizado de simpatía es la clave para mediar entre la felicidad general y la felicidad individual. El hombre está facultado, por utilizar este término, para recrearse a sí mismo, para tomar las riendas de su vida y hacer de ella lo que mejor convenga, pero de igual modo, está facultado para sentir desprecio por actos que dañen a sus semejantes e incluso a los que no hacen parte de su especie. La unión entre el sentimiento de simpatía y el deseo de bienestar general se convierte en la máxima política que Mill expone en *Sobre la libertad*, a saber, que las acciones son libres sólo en la medida en que «no perjudiquen a un semejante».

* El precepto moral es dar a cada quien según se merece, es decir, mal al que hizo mal y bien al que merece bien. John Stuart Mill dice que esto debe ser controlado para que se de justo valor al otorgar castigo o lo contrario.

⁵⁷ *Ibíd.* Pág.115

Hoy en día el concepto de simpatía y en fin gran parte de la teoría utilitarista es utilizado para justificar la exigencia de otorgar derechos a los animales. Que los animales sean titulares de derechos y que merezcan consideración moral igual a los seres humanos se basa en que ellos también sienten dolor y los humanos simpatizan o pueden llegar a compadecerse de los sufrimientos de los animales. Que los seres humanos amplíen su capacidad de simpatía o de justicia se debe a su naturaleza para desarrollarse moralmente, se debe a su naturaleza para desarrollar facultades superiores que justifican las cuestiones antes mencionadas.

Es obvio que esas capacidades, aunque tienen un referente natural, necesitan ser cultivadas o despertadas a través de la educación. La educación es la tercera condición para la felicidad de una comunidad y, por tanto, de un individuo, pues, aquella comunidad que no forma a sus individuos sucumbe ante la ignorancia, no progresa ni moral, social, política, ni científicamente. De igual modo, aquel individuo que no está educado para el reconocimiento y despliegue de sus facultades más propias no es feliz y no es capaz de gozar de sensaciones o placeres superiores. Un individuo así, no se hace a sí mismo, sino que está expuesto a ser moldeado por la mayoría, está condenado a vivir bajo el yugo de la tiranía de la sociedad.

Un Estado que no invierta en la educación de sus habitantes es un Estado que no se preocupa por el bienestar. Toda sociedad está en el deber moral de construir escuelas, universidades donde puedan ser ilustrados cada ciudadano. El provecho que puede sacar el Estado educando a los individuos es que éstos sean menos violentos, que se preocupen más por el progreso de la comunidad, que se mitigue el dolor y el sufrimiento a través del cultivo de capacidades superiores. Una educación moral es necesaria si una sociedad quiere a sus ciudadanos felices y que éstos no sólo propendan por su propia felicidad sino por la de sus vecinos, por la de sus semejantes.

La propuesta de Mill es que mediante la educación se propicien las virtudes personales o individuales y las sociales. Estas últimas son obligatorias y deben ser promovidas e interiorizadas en las escuelas, en las universidades. Las primeras promovidas por persuasión y convicción tienen mayor importancia porque son las que verdaderamente dan cuenta del crecimiento moral del hombre, la aprehensión de las virtudes personales es signo de desarrollo de sentimientos de nobleza. Pero el cultivo de virtudes individuales, y el mantenimiento de las virtudes sociales o cívicas requieren de antemano unas condiciones adecuadas, puesto que un grupo de ciudadanos que no poseen la facilidad de adquirir el sustento de sus vidas es casi imposible que encuentren o se preocupen por sentimientos superiores e intelectuales.

Si no poseen las condiciones económicas adecuadas para ir a una escuela es difícil que se vean motivados por cuestiones intelectuales y morales, el tiempo que dedican al sostenimiento de su vida le incapacita para el florecimiento de facultades elevadas, no por la actividad misma, sino por falta de tiempo y motivación.

Al respecto señala Mill que:

«La capacidad para los sentimientos más nobles es, en la mayoría de los seres, una planta muy tierna, que muere con facilidad, no solo a causa de influencias hostiles sino por la simple carencia de sustento y en la mayoría de la personas jóvenes se desvanece rápidamente cuando las ocupaciones a que les ha llevado su posición en la vida o en la sociedad en la que se han visto arrojados no han favorecido el que mantengan el ejercicio esa capacidad más elevada» ⁵⁸

Se ha citado el párrafo anterior con el ánimo de observar la actualidad de las palabras del autor en cuestión. Para ver cómo describe la situación actual. Hoy en día en muchos países del mundo niños y adolescentes por falta de dinero no pueden ingresar a una escuela, por lo que se ven obligados a trabajar. Son

⁵⁸ *Ibíd.* Pág.52

pocos los que unas vez tienen las condiciones consideran que sería mejor estudiar e instruirse, aunque a veces es porque, tal como dice Mill, las ocupaciones se lo impiden, su situación le impide tener una formación intelectual y moral adecuada. Por ende, se deteriora su capacidad para placeres y sentimientos superiores. Esto conlleva a que ingresen en prácticas ajenas a lo que su propia naturaleza les tiene dado.

No hay peor situación para una comunidad que sus jóvenes estén sumidos en las drogas, en el alcohol y que se interesen sólo por conseguir dinero fácil y por cosas fútiles como la fama. La educación tiene un papel indispensable para evitar estos males. Pero, hay que preguntarse si la educación en nuestra sociedad está enfrentando estas situaciones como se debe. O si en realidad las está enfrentando.

Los elementos antes expuestos propician la construcción de una humanidad más consciente de su perfección. Una perfección que deben lograr en compañía con los demás. La preocupación por el bien ajeno no entra en liza con la libertad que tienen los hombres para crear sus vidas tal y como creen que es conveniente, claro está siempre y cuando no vaya en perjuicio de otros. Con esta libertad espiritual para hacer sus vidas como quieran Mill no quiere señalar que siempre se deba estar en contra de lo que hacen los demás, sino que las costumbres hay que mirarlas de manera inteligente.

La experiencia humana ha enseñado al hombre muchas cosas, su ancestros les han legado cosas valiosas, maneras de vivir más deseables que otras, formas de hacer las cosas que son útiles. Sin embargo, a lo que el utilitarismo exhorta es a tomar esas experiencias y las costumbres de manera inteligente, transformarlas de acuerdo a los deseos de los hombres, a su situación particular, a hacer nuevas formas igual de útiles.

Un tiempo después del nacimiento del utilitarismo de John Stuart Mill se puede observar similitudes en propuestas filosóficas. Se podría realizar un parangón entre el pragmatismo del siglo XX, en especial el de Richard Rorty, con el utilitarismo de Mill, claro está con cierto cuidado puesto que ambas corrientes si bien presentan similitudes también se encuentran separadas en ciertas cosas. No se pretende hacer una detallada analogía entre las dos corrientes, más bien, se quiere señalar qué aspectos de la propuesta de Rorty en cuanto a la ética y a la política se encontraban ya en Mill, con el fin de mostrar, quizás, la influencia de este último para las nuevas teorías.*

El filósofo norteamericano Richard Rorty propone un modelo de sociedad en la que su sujeto sea el "ironista liberal". Según él, el ironista liberal tiene como base, en la medida en que es liberal mitigar el sufrimiento y la crueldad, pero como ironista es capaz de ver la contingencia de su lenguaje de deliberación moral, reconoce la necesidad de describirse a sí mismo en sus propios términos. Podemos conjeturar que en la imagen del ironista liberal de Rorty se haya la propuesta de Mill en que el hombre tiene el derecho y la necesidad de libertad de espíritu para hacer de él un ser único y original, pero a la vez debe preocuparse por la promoción del bienestar general.

Para Mill el ámbito de la sociedad no puede intervenir en los proyectos individuales de cada quien a menos que vayan en contra de los derechos de sus semejantes. Y así como en párrafos anteriores se dijo que la libertad es condición necesaria para la felicidad de los ciudadanos y, por ende para toda la comunidad, Rorty cree que lo que proporciona el aglutinante social en una comunidad y, por consiguiente el bienestar es «dar a todos la posibilidad de crearse a sí mismos (libertad, lo que para Mill es autonomía individual) según sus capacidades y que ésta meta requiere a paz y prosperidad.»⁵⁹

* En ninguna parte Rorty ha hablado de haber sido influenciado por John Stuart Mill, sin embargo hemos querido hacer esta relación para enriquecer el tema que estamos tratando.

⁵⁹ RORTY, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1991

Por otra parte, ambos autores están de acuerdo en señalar los sentimientos de empatía o simpatía como bases de la justicia o la solidaridad. Para Rorty la solidaridad y la justicia no son nombres que tienen un fundamento transhumano, sino que se basan en la capacidad humana para simpatizar con el dolor, el sufrimiento y la humillación de los demás. Tal sentimiento ya lo había reconocido Mill, así como Hume y Smith, y al mismo tiempo ya había demostrado que se podía extender o ampliar hacia todos los humanos y hasta otras especies. De igual forma, Rorty considera que estos sentimientos son ampliados hasta otras especies, de hecho su concepción de justicia no es más que aquel sentimiento por el que sentimos lealtad hacia unos seres que pueden padecer dolor al igual que yo y por lo tanto estamos obligados a evitarles todo sufrimiento.

Una última analogía está en que tanto Mill como Rorty reconocen el poder de la educación para lograr una comunidad más propensa a mitigar el dolor de sus semejantes. Como consecuencia del experimento educativo al que fue sometido por parte de su padre, Mill concibió que sea indispensable aprovechar los años de la infancia para el aprendizaje y el cultivo de una mente capaz de cosas superiores. Aunque reconoce ciertas falencias⁶⁰ en el método de enseñanza que recibió, sí muestra sus ventajas. Por ejemplo, el éxito de tal proceso educativo radicó en que, a diferencia de aquellos que se les daba una cantidad de conocimientos para recibirlos pasivamente, es decir, sin utilizar ninguna capacidad, excepto la memoria, a Mill se le dio un tipo de educación que se enfocó en cultivar la mente para que sacara sus propias conclusiones u opiniones, tal método según Mill estaba calculado para formar un pensador. En

⁶⁰ Por ejemplo, Mill dice: «Un defecto de los métodos educativos de mi padre y que aquejaba también a su manera de pensar era el de dar demasiado crédito a la inteligibilidad de lo abstracto. Cuando no va aparejado a algo concreto». También podría considerarse una falencia es el hecho de que la enseñanza que recibió de su padre fue más apropiada para conocer que para hacer. Véase, MILL, John Stuart, *Autobiografía*, Alianza, Madrid, 1986. Pág. 49

la *Autobiografía* Stuart Mill comenta lo siguiente: «Mi padre nunca permitió que lo que yo aprendía degenerase en simple ejercicio memorístico. No sólo se esforzaba en que la comprensión acompañase en cada paso lo que yo iba aprendiendo, sino que trataba también de que, en lo posible, lo precediese.»⁶¹

La escritura de su Autobiografía no se basa en una presunción de querer mostrar un acontecimiento de interés para todos en lo que se refiere a su persona. Lo que Mill pretende es dar a conocer un método educativo que tuvo buenos resultados y que, por ello, se encuentra a favor. Lo describe detalladamente por las deficiencias que, en su época, existen en cuanto a la educación en los sistemas comunes. Mill da importancia a la instrucción en los años tempranos de la vida. Considera indispensable el estudio de la lógica para la educación en vista que enseña a obtener pensamientos claros y valiosos. « (...) enseña a tener en cuenta que el proceso de adquirir pensamientos valiosos mediante la reflexión y la experiencia es labor lenta y costosa.»⁶²

Para Mill, la educación no se limita a la instrucción en determinado establecimiento. Mill considera la educación desde una perspectiva amplia en cuanto todo lo que influye en la formación del carácter del hombre hace parte de su educación, por ejemplo, las leyes, las formas de gobierno hasta las incidencias naturales del mundo. Al mismo tiempo considera la educación en una forma reductiva que consiste en aquella que tiene un propósito explícito, como, perfeccionar la naturaleza humana. «Todo lo que ayude a formar al ser humano, a hacer del individuo lo que es o a impedirle ser lo que no es, es parte de su educación»⁶³.

Con respecto a la segunda perspectiva aclara que el propósito de la universidad no es, exclusivamente formar profesionales con destrezas para

⁶¹ MILL, John Stuart, *Autobiografía*, Alianza, Madrid, 1986. Pág. 55

⁶² *Ibíd.* 46

⁶³ MILL, John Stuart, "Contenido y alcance de la educación liberal". En: Revista de Economía Institucional, vol. 6, núm. 11, segundo semestre, 2004, pp. 209-228, universidad Externado de Colombia. ISSN 0124-5996. Pág. 210

ganarse la vida sino que el objetivo de la universidad y su educación es formar seres humanos capaces y cultivados, puesto que si la finalidad de la educación es la transmisión de la cultura «a quienes han de ser sus sucesores, con el fin de calificarlos para que al menos conserven y si es posible eleven el nivel que se ha alcanzado»⁶⁴, entonces, prosigue Mill, ser abogado o ingeniero no es lo más valioso que una generación ha de transmitir a otra y a la humanidad como tal. Por consiguiente, una buena educación no sólo toma en cuenta los tecnicismos sino también quiere formar al hombre para ser persona, porque antes de ser ingeniero o abogado se es persona. El fin de la educación, como se dijo en párrafos anteriores, es cultivar la nobleza del hombre, ayudarlos a lograr su perfectibilidad.

Rorty, por su parte, considera que una educación moral basada en mostrar como sufren los otros genera la empatía suficiente para rechazar todo acto de crueldad, es una educación a través de la literatura, el cine, el documental. Para Mill, una educación debe tener en cuenta tanto la literatura como la ciencia, es decir, al hombre hay que formarlos con base en ambas para aprovechar lo que puede ofrecer la literatura y aquello que puede dar la ciencia. En la *Autobiografía* señala que su educación a pesar de tener grandes aciertos y éxitos lo sumió más adelante en una profunda crisis moral e intelectual, puesto que, tal proceso educativo lo formó únicamente para razonar y olvidó la parte sentimental propiciando la crisis. Mill logró salir de la crisis y la depresión a través de la literatura, de la poesía encontrándose con los escritos de Wordsworth.

Para hacer menos cruel y dolorosa la existencia humana se debe poner a trabajar lo que, a través de siglos, se ha alcanzado en pro de esa meta, es decir, trabajar por medio de la educación, de las instituciones de justicia para hacer lo posible en crear seres humanos más desarrollados moral y socialmente que sean capaces de llevar a su comunidad hacia el progreso.

⁶⁴ *Ibíd.* Pág. 210

Para concluir se dirá que así como transcurre la vida en las sociedades occidentales capitalistas se hace necesario unas pequeñas dosis de estas reflexiones y de estas exhortaciones sobre la felicidad humana. Es necesario que el hombre conozca sus verdaderas capacidades de goce y de placer. Deben reconocerse como seres capaces de progreso hacia algo cada vez mejor. La única meta de la vida no es la acumulación de riquezas sino el despliegue de creativities y de posibilidades nuevas y mejores. Asimismo, comprender que tienen un compromiso con el mundo, con los demás en la promoción de su felicidad. Es menester la ayuda recíproca en el momento del extravío hacia placeres y sensaciones que corrompen y no son buenas para la comunidad a la que pertenecemos.

CONCLUSIÓN

Se ha querido mostrar que el utilitarismo es una buena doctrina que guía u orienta hacia el bien individual como general. Puesto que promueve la elevación de las facultades propias de una naturaleza humana desarrollada. Para que el utilitarismo cumpla esa misión es necesario que se clarifique en lo posible sus argumentos que han sido pervertidos y distorsionados en la actualidad. Por consiguiente, el trabajo aquí expuesto quiso reaccionar contra el individualismo egoísta que según se desprende del utilitarismo. El Utilitarismo consecuente y bien entendido no es del todo egoísta, en cuanto su propuesta no consiste en dar exclusiva preponderancia a los goces personales, sino que tiene en cuenta a los demás en el cálculo de felicidad. Mill resalta en el segundo capítulo del *Utilitarismo* que la felicidad de la que se habla es de la mayor felicidad tanto para el individuo, como para la mayoría.

Ahora bien, en *Sobre la libertad* deja muy claro la separación entre la esfera del individuo y la de la sociedad. El hombre tiene toda la libertad de acción y de opinión, pero ello queda limitado siempre y cuando no se perjudique a otro. Mill señala que aunque tienen toda esa libertad y nadie puede interferir en sus proyectos privados, los hombres deben ser generosos y ayudarse en la búsqueda de aquello que es más deseable.

Asimismo, el trabajo pretendió encausar el hedonismo autocomplaciente que identifica la felicidad con cualquier tipo de goce que puede sentir bajo facultades inferiores. Por eso se tuvo la oportunidad de señalar que la separación que John Stuart Mill hace entre los placeres, como superiores e inferiores, es para dar cuenta de que unos, los primeros, están más acorde con una felicidad digna de seres humanos desarrollados. De ahí, se llegó a la conclusión de que la felicidad sí necesita unos condicionamientos morales en vista de que el hombre pueda no saber que es lo que les hace feliz y qué tipo de goces son más acordes a su naturaleza.

Que la felicidad es objeto de la moral se basa en la afirmación de que, precisamente, un hombre que es capaz de sentir variados placeres siempre va a preferir el que consiste en el autodespliegue de facultades morales superiores. En efecto, la felicidad, entendida no como «una continua emoción altamente placentera»⁶⁵ sino como momentos de goce, está relacionada con lo moral en la medida en que los máximos y valiosos placeres o goces que el hombre puede experimentar son aquellos que ponen en ejercicio sus capacidades humanas más elevadas.

Por otro lado, se expuso que el hombre por el hecho de vivir en sociedad presenta un compromiso ante sus semejantes. Pero dicho compromiso está más justificado por el hecho de que el hombre tiene la imperiosa necesidad de vivir con otros. La carga de ese compromiso se basa en que la comunidad de la que se es parte proporciona seguridad y protección. Además, dice Mill en gran parte de su obra que el hombre no podría ser feliz a costa del dolor ajeno, pues el sentimiento de simpatía o justicia se lo impide. Se concluyó con que éste sentimiento es clave para mediar entre la felicidad personal y la general, es decir, es la clave para sostener que no existe contradicción entre la preocupación de ambas por igual.

En otra parte del recorrido que se hizo, se mostró que para el logro de la felicidad humana, tanto a nivel individual como general, es necesario de unos ingredientes tales como, *la libertad* como base de la *individualidad* ya que promueve el autodespliegue de capacidades, así un hombre es más feliz puesto que tiene toda la libertad de hacer de su vida lo que quiera, pero ésta última pretensión queda limitada por la *justicia* que debemos hacia los demás, esto es, la libertad queda restringida sólo en la medida que dañe a otros, dicho límite es impuesto o cultivado en los hombres a través de la *educación* que tiene como objetivo promover las virtudes cívicas e individuales necesarias

⁶⁵ Mill, John Stuart, *El Utilitarismo*. Ed. cit., Pág., 55

para la aprehensión de sentimientos morales y el desarrollo pleno del verdadero potencial humano.

Pero quizás el trabajo se ha quedado corto en la numeración de esas condiciones que posibilitan una sociedad feliz y moralmente desarrollada. Pues, a parte de las ya mencionadas también es posible señalar la solidaridad, la tolerancia, ésta última como remedio contra la tiranía de la mayoría en la medida en que si cada uno es tolerante ante las diferentes concepciones de vida buena, no tendría sentido imponer modos de vida preferibles para todos obviando los intereses personales de cada individuo. Este tipo de reflexiones son importantes puesto que estamos entrando a una era en la que se proclama por la diversidad, por la multiculturalidad, por evitar fenómenos de xenofobia y de discriminación.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDT, Hannah, "Comprensión y política". En: *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós 1995.

CAMPS, Victoria, *Introducción a la filosofía política*, Madrid, Editorial crítica, 2001.

CORTINA, Adela, *Ética sin moral*, Madrid, Editorial Tecnos, 1992.

CORTINA, Adela, *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Editorial Tecnos, 1992.

GARCÍA Morente, Manuel, *Lecciones preliminares de filosofía*, Bogota, Ediciones nacionales, 2003.

GUISÁN, Esperanza, "Introducción". En: *El Utilitarismo*, Barcelona, Ediciones Altaya, S.A ,1994.

GUISÁN, Esperanza, *Manifiesto Hedonista*, Barcelona, Anthropos, 1990.

RUDAN, Paola, "Más allá de la querrela benthamista: el gobierno de ultramaría", Traducción de Antonio Hermosa Andujar, Araucaria. En: *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Año 12, No. 23. Primer semestre del 2010. Pág. 115-139.

RORTY, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidos, 1991

SANDEL, Michael, *Liberalism and its critics*, Traducido por Rodrigo Romero, New york university press, N.Y, 1984.

MILL, John Stuart, *El utilitarismo*, Barcelona, Ediciones Altaya S.A, 1994.

MILL, John Stuart, *Sobre la libertad*, ED Aguilar, Bogotá, 1998.

MACINTYRE, Alasdair, *Historia de la ética*, Barcelona, Paidòs básica, 1991.

MILL, John Stuart, "Contenido y alcance de la educación liberal". En: *Revista de Economía Institucional*, vol. 6, núm. 11, segundo semestre, 2004, pp. 209-228, universidad Externado de Colombia. ISSN 0124-5996.

MILL, John Stuart, *Autobiografía*, Alianza, Madrid, 1986.